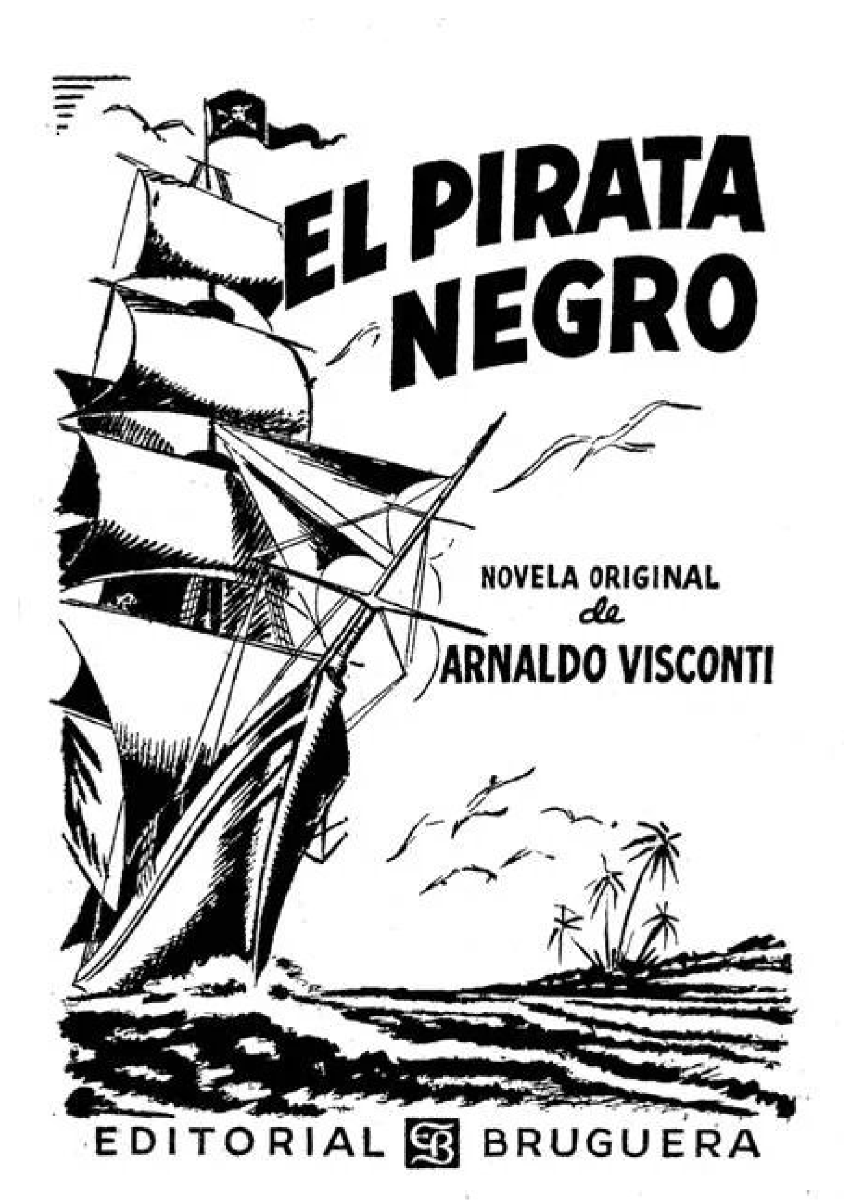
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

EL VIOLINISTA ARISTOCRATA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El violinista aristócrata

Colección El Pirata Negro n.° 78

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949



El violinista ARISTOCRATA

CAPÍTULO PRIMERO

"**El Dandy**"

El día 3 de enero del año de 1724, la goleta bordelesa “Tourterelle” recalaba en el puerto peruano de Trujillo.

Llevaba distintos pasajeros procedentes de Europa y puertos del Sur, los cuales habrían de permanecer en la ciudad de Trujillo hasta la arribada del galeón correo que enlazaba dicha ciudad con las más septentrionales, si la meta final de su viaje era al norte de Trujillo.

La goleta había tenido vientos favorables, y su llegada habíase anticipado en dos días a la del galeón enlace.

Como era costumbre beneficiosa, el capitán de la goleta recomendó a los pasajeros que debían aguardar la llegada del galeón que se hospedaran en la fonda que ostentaba el rimbombante letrero de “Albergue Real”.

Eran escasos los que debían seguir viaje hacia el Norte: dos empleados coloniales, ya entrados en años, que desde, puerto francés, hacía poco habían salido de su cámara, aquejados de mal de mar.

Pero cuando, ya de nuevo en viaje de vuelta hacia el Sur, estaba lejos la goleta, y anclaba el sólido galeón correo en el puerto de Trujillo, fueron tres, en vez de dos, los pasajeros que subieron a bordo, procedentes del hostal.

Los dos empleados coloniales, amarillentos y poco comunicativos, y un joven de edad indefinible y aspecto llamativo.

El capitán del galeón había vista a muchos petimetres de afectados modales melifluos y galas casi femeninas, por lo cual, bien en su interior calificó al tercer pasajero de “uno más de los pisaverdes contagiados de la moda francesa”, no exteriorizó su personal opinión.

Limitóse a saludar brevemente, señalando al escribano que en mesa colocada dos pasos atrás de la suya esperaba pluma en alto.

—Tened la bondad, caballero, de cumplir el ritual obligado.

—No veo en ello el menor inconveniente, capitán...—replicó el elegante desconocido, aplicándose a la nariz el pomo de perfumada esencia colgante de un collar de piedras azules que se destacaban entre la albura de los complicados encajes de su camisa.

Y si bien las palabras, dichas en tono agudo y afectado, no tenían nada de particular, el gesto del recién llegado molestó al capitán, porque implícitamente daba a entender que el olor a brea y otros aromas propios de nave no eran del agrado del petimetre.

Por eso instantáneamente, acentuóse la brusquedad del tono del capitán Gálvez.

—¿Procedencia, señor?—inquirió.

—El mundo entero es mi feudo, porque el arte y sus mejores intérpretes no tienen patria.

El escribano, que iba a aplicar la pluma mojada sobre el libro de registro, quedóse suspenso en gesto y en expresión.

El capitán Honorio Gálvez admitía y toleraba excentricidades en militares, aventureros y demás gente de vivir agitado.

Pero sintiendo instintiva antipatía hacia aquel mozalbete que se le antojaba la viva representación de lo inútil, no se hallaba dispuesto a ser paciente.

—Os pregunto de qué puerto procedéis.

—De Trujillo, como no puede escaparse a vuestra agudeza—replicó, con patente mofa, el joven.

—No perdamos tiempo en ingeniosidades, caballerete—gruñó, irritado, el capitán Gálvez, irritación acrecentada por el hecho de —que veía que a dos pasos un oficial de infantería procedente de puerto venezolano reía divertido.

“Otro pisaverde — meditó Gálvez—. Harán amistad, porque son tal para cual.”

—Es a veces preciso esclarecer los conceptos según la mayor o menor capacidad intelectual del que nos escucha—dijo el joven, agitando con indolencia un pañuelo de blancos encajes que acababa de extraer de la amplia y rígida bocamanga de su casaca amarilla, repleta de bordados de intenso color malva—. Mi reciente procedencia es el alojamiento que me he impuesto en el “Albergue

Real", en espera de vuestro galeón. Desembarqué ha dos días de la goleta "Tourterelle", infecta nave, cuyos sobresaltos y malos olores he tenido que soportar desde el puerto francés de Burdeos, dónde tomé pasaje, en día que empiezo ya a considerar nefasto.

—Anotad— resumió bruscamente el capitán Gálvez, mirando a su escribano—. Procedencia: Calais. Transbordado de la goleta. ¿Motivo de vuestro viaje, señor?

—Intentar hacer llegar a todos los ámbitos la maravillosa panacea del arte.

—Traducid—intervino, riendo, el joven oficial, que escuchaba, el cual inclinóse luego ceremoniosamente para presentarse—: teniente Alberto Enríquez, barón de Mendialdúa.

—Humberto de Ferjus, marqués de Ferjus—declinó el joven dandi, devolviendo el saludo y la presentación—. Como decís muy bien, barón, es necesario traducir el lenguaje elevado, para ponerlo a la altura de las mentes poco aptas.

El capitán Gálvez iba quizá a replicar alguna rudeza, pero no tuvo tiempo porque el marqués de Ferjus, mirando al escribano, añadía:

—Anotad que soy el violinista aristócrata. Y no hubiera sido precisa esta aclaración, si leyerais las gacetas de arte europeas, donde con justos elogios se prodiga mi efigie y los más rendidos plácemes de quienes han disfrutado la excepcional fortuna de oír los acordes geniales de mi violín.

El escribano, mirando alternativamente al presuntuoso marqués y al capitán, demostraba también que la personalidad del "violinista aristócrata" no le inspiraba la menor simpatía.

—Os hago constar, señor—dijo secamente Gálvez—, que a mi bordo el único que tiene facultades para ordenar soy yo. Anotad, escribano: músico.

Humberto de Ferjus miró al joven oficial que escuchaba la conversación, e hizo un gesto muy elocuente, que venía a significar que no valía la pena discutir con gente plebeya.

—¿Destino?—interrogó Gálvez

—El puerto de la ciudad de Latacunga.

—Enhorabuena, marqués—dijo el teniente de infantería—. Seremos compañeros de viaje y de destino. También yo voy a Latacunga. Suplico el honor de que compartáis mi cámara. Es

amplia, confortable y seguramente la mejor de este galeón.

—Os quedo reconocidísimo, barón, y no os molestéis por mi renuncia, pero mi arte me exige meditaciones solitarias, y os resultaría un aburrido compañero de cámara. No obstante, os quedaría reconocidísimo si consintierais en ser mi compañero de mesa.

—Mutuo honor, marqués.

—Diez onzas—anunció secamente el escribano, indicando el precio del pasaje.

Echó Humberto dé Ferjus una pequeña bolsa de mallas de plata sobre la mesa.

Y volviendo la espalda, en giro de bailarín sobre los altos tacones de sus zapatos con hebilla, apoyó su mano en el antebrazo del teniente Enríquez, en toque rápido.

—Estaréis de acuerdo conmigo, seguramente, en admitir que el viajar obliga a promiscuidades molestas. Este olor acre que se percibe es nauseabundo... Perdonadme que me ausente, pero debo proceder a abluciones que me hagan tolerable la permanencia entre estos maderos. Vuestro reconocidísimo amigo, barón.

—Vuestro servidor, marqués. Tendré el sumo honor de conversar con vos a las doce.

Alejóse el marqués de Ferjus, y aunque el capitán Gálvez consideraba al oficial un presumido, estimaba que, siendo militar, era al menos un ser útil.

Y por eso, levantándose, comentó:

—Si yo fuera el padre de este... caballerete, empezaría por lavarle la cara con estropajo. Bermellón en las mejillas, polvos en el rostro, un lunar pintado en el mentón... ¿Qué modas son esas?

—La "última", capitán—sonrió Enríquez—. No os debería extrañar. Ya habéis visto a otros *dandies* procedentes de París, que es donde todo lo exquisito y refinado tiene su cuna.

—Las pinturas y los encajes a profusión, para las damas, teniente. El hombre debe oler a brea y sudores.

—El olor no hace al hombre, capitán. Creedme si os digo que en este artista aristócrata habéis contemplado la quintaesencia del dandismo, esa elegancia ultrasensible que procede de Londres y que París ha sublimizado.

"Tal para cual", volvió a meditar el capitán Gálvez, que,

encogiéndose de hombros, masculló:

—He visto a otros *dandies*... Pero éste me molesta, como si fuera un error de la Naturaleza. Tiene rostro aviejado, y debe ser un adolescente. ¿Qué edad creéis puede tener? ¿Quince años, veinte?

—Indefinible. Es precisamente para ocultar la edad por lo que se lanzó esta moda del uso de afeites. En fin, celebro que el marqués de Ferjus vaya también a Latacunga, porque así me pondrá al corriente de las últimas novedades europeas.

Poco después, el capitán Gálvez, ya terminadas las órdenes de salida del puerto de Trujillo, tomó por testigo a su segundo:

—¿Visteis el monigote que subió a bordo?

—Elegantísimo, capitán — dijo, con leve envidia, el marino.

—Será que estoy muy viejo ya para ver claro—rezongó el capitán Gálvez. —Pero si desgraciadamente poseyera yo un hijo así, con una vara de fresno y agua y jabón lo dejaría nuevo.

—Los tiempos cambian, capitán.

—Id al diablo. Todo podrá cambiar, menos una cosa: el hombre, hombre, y los perfumes y los bordados, para ellas.

Al mediodía, continuando los dos empleados coloniales indispuestos, no salieron del camarote, y por voluntaria ausencia del capitán Gálvez, poco deseoso de que le sentara mal la comida oyendo las melifluas impertinencias del marqués de Ferjus, en la cámara comedor sentáronse solos, frente a frente, el hijo del Pirata Negro y el barón de Mendialdúa.

Versó primero la conversación interrogando el teniente y replicando ampliamente el marqués, sobre noticias europeas de todas clases.

Ya terminada la comida, e instalados los dos en sendas mecedoras bajo la toldilla de popa, aclaró Humberto de Ferjus que su propósito era dar varios conciertos en el Teatro Real de Latacunga.

Pasó entonces Alberto Enríquez a exponer su finalidad:

—He sido destinado al Tercer Tercio del Estandarte glorioso de Italia. Un brillante regimiento, donde es forzoso que todos sus oficiales posean título y cuando menos un año de campaña activa. Bravos compañeros serán los míos. Pero..., ¡ah!—y suspiró, pesaroso —, no todo lo que reluce es oro.

—¿Alguna contrariedad, barón?

—El coronel del Tercer Tercio es un hueso.

—¿Un hueso?

—En argot castrense, llamamos “hueso” al jefe difícil de tratar y soportar.

—¿Acaso el coronel del Tercer Tercio es malhumorado?

—Peor aun....En fin, señor marqués, como sois nuevo por estas tierras, os contaré quién es el coronel del Tercer Tercio. Es nada menos que un antiguo pirata caballeroso, cosa indiscutible, pero pirata al fin. Poseía el título de conde Ferblanc, de raigambre francesa, aunque él nació en tierras españolas. Al ser indultado, pasó a ser jefe de la Legión del Mar, una escuadra dedicada a la caza de piratas. Y, por último, al ser ya innecesario su directo mando, porque es justo reconocer que dominó cuantas intentonas piratescas surgieron, el virrey le confirió el mando del Tercer Tercio, del cual es coronel honorario, aunque muy efectivo. Es un personaje famoso.

—¿Le admiráis?

—Tal vez, como todos, aun a mi pesar lo admiro como Pirata Negro y como jefe de la Legión del Mar. Pero le aborrezco como coronel Lezama.

—Interesante... ¿Y por qué, señor barón?

—Figuraos que, antes de su nombramiento, habían sido varios los coroneles que, uno tras otro, declinaron el mando del Tercer Tercio, argumentando, con razón, que sus oficiales, si bien irreprochables en todo cuanto a disciplina y arrojo se refería, eran insoportables privadamente. Al ser nombrado por el virrey, el coronel Lezama, que se esperaba fuera fácil de sacar de sus casillas, adoptó una insoportable actitud de necia sonrisa y piel de paquidermo..., y no sólo persiste en el mando, sino que han fracasado todas las tentativas de impacientarle. ¡Es un hueso duro de roer!

—El coronel Lezama es mi padre, barón—dijo Humberto de Ferjus.

—¿Eh? ¿Bromeáis?

—Soy amante del florilegio en palabreo, pero comprended que nadie bromea con el tema sagrado de la paternidad.

Púsose en pie el teniente Alberto Enríquez.

—Estoy a vuestra entera disposición, marqués de Ferjus, para

que, apenas toquemos tierra, crucemos las espadas.

—No hay motivo, señor barón. Yo también conceptúo al conde Ferblanc como a un hueso duro de roer, pese a ser mi padre. No consideréis, pues, que me habéis ofendido, y sentaos. Leo en vuestro rostro una gran extrañeza, como si os pareciera monstruoso que un hijo no salga en defensa de quien le dió vida.

Sin sentarse, y rígido, contestó el oficial:

—En efecto, marqués de Ferjus. Lo considero muy... extraño.

—Dadme vuestra palabra de honor qué nada de cuanto os diga será repetido, y sabréis la doble razón por la cual detesto toda violencia y detesto a mi propio padre.

—Tenéis mi palabra de honor—replicó el oficial, a quien la última frase del joven pintarrajeado produjo un efecto de repulsión.

—Para empezar, os diré que de niño recibí crianza entre piratas, y, poseyendo la fibras artísticas, fui la desilusión del Pirata Negro. Él deseaba un hijo amante de luchas y violencias... Yo no sé manejar una espada, y tengo el valor de reconocer que soy cobarde, porque sostengo la opinión de que el hombre no se mide por su fuerza, sino por su alma. En cierta ocasión..., hace un poco más de dos años, el señor conde Ferblanc me azotó bárbaramente, dejándome medio muerto.

Cerrados los ojos, Humberto de Ferjus parecía una máscara insensible por efecto del maquillaje que encubría la palidez de su cutis.

—Inerte y exánime fui transportado a nave que partía hacia Francia. El señor conde Ferblanc estimaba que a su lado no podía convivir un adolescente entregado de lleno al arte. Mi madre, la señora marquesa de Ferjus, cuyo título usufructo por privilegio de nacimiento, estaba enteramente dominada por su esposo... Puesta en la posición enojosa de elegir entre acompañar a su hijo o permanecer junto a su esposo, se quedó en compañía de este último. No me pertenece enjuiciar. Lo dejo a vuestro libre albedrío. Hace unos meses recibí una carta del señor conde Ferblanc, en la cual me presentaba todo género de excusas, cosa que debió serle harto difícil, y me invitaba a reunirme con mi madre. Si vuelvo, es porque, al fin y al cabo, aunque el arte sea mi primer amor, también debo contentar a mi madre, la señora marquesa de Ferjus. Sabéis ya el motivo por el que detesto al coronel Lezama.

Alberto Enríquez, barón de Mendialdúa, inquirió:

—Ya que me honráis con estas confidencias, ¿podéis decirme el motivo por el cual vuestro padre os azotó?

—Unos piratas asaltaron nuestra casa, raptando a mi madre. Yo, hallándome entregado a un irresistible impulso de composición, estaba ensimismado con las melodías que mi arco desparramaba, y no supe lo que sucedía, aunque tenía lugar a poca distancia de donde me hallaba. El señor conde Ferblanc lo interpretó mal, y al regresar, no encontrando más que a mi maestro de música herido[1], me acusó de cobardía. El último recuerdo que de él conservo es la de un hércules furioso penetrando donde yo estaba, arrancándome el violín de las manos, rompiéndolo en pedazos y propinándome en el rostro el más brutal de los bofetones, que me privó de sentido, para despertar atado de manos a un remache de hierro, desnudo el torso.

Y de nuevo cerró el joven los ojos, continuando:

—Recuerdo como si no hubieran pasado los años las palabras que, látigo en mano, me dijo el señor conde Ferblanc: “El Caribe es tierra de hombres, marqués de Ferjus. Aquí no hay sitio para un afeminado como vos. Os vais a marchar lejos. Iréis a vuestro castillo de Francia. Si algún día os convertís en un hombre…, entonces quizá podáis volver aquí, donde sólo tienen cabida los hombres. Vos sois un afeminado cobarde, y si no os mato es porque vuestra vida pertenece a medias a la que tanto decís querer… ¡Me avergüenzo de ser, vuestro padre!”.

Abrió Humberto de Ferjus los ojos reflexivos sin juvenil fulgor.

—Ya no recuerdo más, hasta que, dolorido todo mi cuerpo, desperté en un camarote de una nave que a Francia me llevaba. Y si he vuelto, es porque, además de suplicarlo el señor conde Ferblanc, me lo rogó mi madre. ¿Comprendéis por qué cuanto se diga en contra del coronel Lezama no me ofende?

Alberto Enríquez, que no se había vuelto a sentar, irguió el busto. Y con incisiva entonación, expuso:

—El señor conde Ferblanc puede haber cometido errores, pero en un caso como el que acabáis de tener la benevolencia de narrarme, tenía perdón al fustigaros. ¡Quien no tiene perdón sois vos!

—Tened la bondad de aclarar, barón—invitó Ferjus, con sonrisa

vacua.

—Si vuestro padre, espejo de valentías, confiaba en veros regresar hecho un hombre cabal, vais a ocasionarle una desilusión lamentable. Vuestra frialdad insensible, de fatuo *dandy*, me horripila, y con gran placer os atravesaría con mi espada.

—No tengo más arma que el arco de mi violín, barón.

—¡Ojalá el coronel Lezama os lo rompa sobre las costillas! En lo sucesivo, señor marqués, os invito a que os ahorréis el saludarme, porque no os devolveré la cortesía.

—Creí que erais un *dandy*, y veo que sois, al fin y al cabo, un simple hombre de armas, impetuoso y amante de violencias.

—¡A mucha gala! Y si dispuesto iba a medírmelas con el coronel Lezama, me ha bastado el veros para abandonar mis intenciones. Con lo que os he oído me impongo el deber de convencer a los demás oficiales del Tercer Tercio que bastante infortunio tiene el coronel Lezama con teneros por hijo. ¡Y ojalá sepa haceros hombre, señor violinista! ¡Que os hace mucha falta! Y no digo más, porque es necio pretender ofender a un cobarde.

Aguardó unos instantes el oficial, pero Humberto de Ferjus, como si ya hubiese olvidado su presencia, abanicábase gentilmente con un pañuelo de encajes que exhalaba un perfume intenso.

Y el capitán Honorio Gálvez arqueó las cejas, sorprendido, cuando junto a él vió detenerse en el castillete de proa a Alberto Enríquez, que roncamente exclamaba:

—¡Qué detestable sujeto!

—¿Quién, teniente?

—Este marqués de Ferjus.

—¡Diablos!... ¿No erais amigos y confraternizabais con esa moda del dandismo y la finura archiperfumada?

—Tenéis razón en burlaros, capitán. Pero es que lo cortés y elegante no significa carencia de hombría. Así lo creí al ver a ese caballerete. Pero el tal es un... cobarde rencoroso, mal hijo y de alma fría como la de un pez. ¡No he visto a ningún ser que me inspirara más antipatía!

—Somos ya muchos, pues. Cuantos a bordo están, admiten que el marqués de Ferjus parece una estampa..., pero da asco. Repito que... compadezco a su padre.

—Su padre es el conde Ferblanc— dijo, abatido, el oficial.

—¡Venga ya!—protestó el marino, incrédulo—. Yo conozco a Carlos Lezama... ¿y cómo puede ser este monigote su hijo?

—Lo es.

Miró el marino unos instantes al oficial, y, comprendiendo que decía la verdad, sacudió la cabeza, pesaroso:

—Lo siento, y muy de veras. El león plateado no merece esta mala pasada de tener por hijo a un remilgado perrillo perfumado. Pero ¡me convierta yo en besugo si Carlos Lezama, con vara de fresno y jabón de brea, no pone nuevo a ese fatuo *dandy*!

CAPITULO II

La inquieta alegría

El postrer día del año 1723, Mireya de Ferjus, con alborozo, leyó y releyó incansablemente la carta que un mensajero especial habíale traído.

“A bordo de la goleta “Tourterelle”, a 27 de diciembre del año 1723.

”Mi querida madre: Supongo habréis ido recibiendo las distintas cartas que os remití desde varios lugares de Europa, y en las— cuales os relataba mis rotundos éxitos por las Cortes, que se disputan el honor de oír la magia de mi arco.

”El arte debe propagarse, y no tiene límites. Por esa razón, y atendiendo a vuestras súplicas, he decidido volver a vuestro lado y emprender por el Nuevo Continente una gira de conciertos. Requiero y necesito vuestro amor, única verdad después de mi arte.

”A la vez, la carta del señor conde Ferblanc, en que me suplica me reúna con vos, ha influido también en mi viaje de vuelta al hogar.

” Apenas la goleta toque en el puerto de Trujillo, os enviaré esta carta, al igual que la adjunta, anunciándoos que en el correo galeón que llegará a Latacunga próximamente, tendré la dicha de abrazaros.

"Vuestro hijo, Humberto,
Marqués de Ferjus”.

Los ojos de la madre hallaban en cada palabra motivo de alegría. La carta adjunta estaba lacrada, y entre los rojos sellos, leíase: “Al

señor conde Ferblanc".

Corrió ella, cuando oyó los inconfundibles pasos de su esposo.

—¡Carlos! ¡Viene! ¡Está al llegar! ¡Soy feliz!

El Pirata Negro, ignorante de lo sucedido, replicó con afectuosa burla:

—Yo soy Carlos. ¿Quién viene? ¿Quién está al llegar, y de dónde? Y supongo que siempre he procurado hacerte feliz. No creo que la reaparición de Diego Lucientes te produzca tan radiante dicha.

—No es don Diego—murmuró ella, apenada—. Seguimos sin noticias de él. ¡Es Humberto! ¡Mira, lee!

Leyó Lezama la carta destinada a Mireya. Disimuló el efecto poco agradable que le produjo, y sólo pensando en ella, la abrazó.

—Comprendo ahora tu nerviosismo. Por fin estará con nosotros. Y este hogar se verá completo. En cuanto a Diego, ya aparecerá. Seguramente andará triscando hierba por los montes, tras alguna pastora.

—Esta carta para ti.

Rasgó Lezama los lacres, y en voz alta leyó:

"A bordo de la goleta "Tourterelle", a 27 de diciembre del año 1723.

"Señor conde...

Carraspeó Lezama, sonriendo divertido.

"Señor conde Ferblanc: En respuesta a vuestra amable oferta de reconciliación que a su debido tiempo llegó a mis manos en Europa, accedo a olvidar lo pasado, en consideración a que la señora marquesa de Ferjus no debe ser castigada por errores ajenos.

"Os anuncio mi próxima llegada en el galeón correo de enlace con el puerto Trujillo.

"Os saluda, Humberto,
Marqués de Ferjus."

Mireya, enlazada por el talle, miró inquieta el semblante del Pirata Negro, que depositaba la carta sobre la cercana mesita del

salón.

—Este muchacho es portentoso. Quien no conozca su edad, al leer esta carta, pensaría que es un sesudo varón de canas.

—Perdona su frialdad, Carlos. Ya sabes que estos artistas...

—Son muy maduros y comedidos en cuantos sentimientos no tengan que ver con melodías. No te inquietes, Mireya. Lo esencial es que tú seas feliz, y doy por cierto que esos años de ausencia habrán transformado al muchacho que sólo pensaba en perifollos y violines, en un mozo cabal. Acúsame de cuanto quieras, pero no podrás negarme que soy comprensivo, y dispuesto estoy a reiterarle mis excusas al señor marqués de Ferjus.

Con afectuosa ironía, logró el Pirata Negro aquietar la incipiente inquietud que en la alegría de Mireya de Ferjus se filtraba al pensar en la posibilidad de un nuevo choque entre los dos caracteres tan distintos de padre e hijo.

Y quedó establecido que como era lo más natural y para no cohibir las primeras efusiones, Mireya de Ferjus iría a recibir a solas al hijo que regresaba.

En el jardín de la mansión del coronel Lezama, Gabriela Lucientes y Cheij conversaban animadamente.

—...y yo te repito, Gaby, que no debes estar inquieta. De sobras conoces a tu padre. Le pesaba tanta bondad, y se habrá ido a dar un paseo por los montes.

—Salió tras una pista de “Pañuelo Negro”, como los demás.

—Pero habrá encontrado alguna pastora, o alguna cepa desconocida. No temas, ya verás como aparece tan campechano, como si nada...

El que apareció en aquel momento fué Carlos Lezama. Ambos jóvenes levantaron del banco en que se hallaban.

Cheij, con el habitual gesto que tanto agradaba al Pirata Negro, asióle la diestra, besándola.

—Sentaos, tórtolos. Debéis estar fatigados de tanto deciros geniales lindezas. Tú, doña, no pongas mohín de tristeza. ¡Repámpanos!...—rió Lezama—. ¿Es que no conoces al autor de tus días? Estará por ahí brincando tan ufano. Y, además, que te consuele el saber que mala hierba nunca muere. Bueno, he venido para comunicaros una gran noticia... ¿Por qué me miras así, con enojo, doña?

Gabriela Lucientes sonrió ante la franca sonrisa de su “ídolo”.

—¡Es que… sois cruel, señor jefe!

—Lo fui…, pero no con ángeles. ¿De qué me acusas?

—¡Quiero casarme!—exclamó ella.

—Paciencia, hijita. Imita a mi chacal, que, poseyendo sangre volcánica, sabe acatar mi sensato deseo.

—¡Es también muy fastidioso que quede la boda aplazada hasta que se sepa quién es “Pañuelo Negro”!

—Todo parece indicar que es alguien de los “nuestros”. Es, pues, lógico, que no querrá retrasar vuestro enlace.

Y Lezama miró agudamente a Cheij.

—¿No es cierto, chacal?

—Tan cierto como que yo no soy “Pañuelo Negro”, padre.

—El tiempo dirá, cordero. Que lo eres ahora, pero fuiste lobo. Y sé que a todos nosotros, los que hemos probado el néctar del peligro, nos cuesta privamos de él. Pero vamos a lo que os venía a anunciar. Está al llegar Humberto.

—¡El chivato mequetrefe!—exclamó Cheij.

—¡El botarate!—gritó Gabriela.

Y a la vez, ambos, cerrando tardíamente la boca, miraron con temor al Pirata Negro.

—Una onza—replicó Lezama, tendiendo la diestra abierta—. He prohibido que en mi casa se oigan palabras rudas.

—De acuerdo, padre. Pero… Humberto me acusó a mi injustamente, y fué en parte responsable de cuanto pudo convertirme en un malvado[2].

—Quizá fué error debido a los pocos años, chacal. Es tu hermano, y por mí, fíjate bien, por mí, lo recibirás con agrado y sin hacer mención del pasado. Prométemelo.

—Prometido, padre.

Respiró, como aliviado, Lezama, que ahora miró a la pelirroja.

—Y en cuanto a ti, doña, tanto si te es simpático como si no, piensa tan sólo en que Humberto es mi hijo.

—Procuraré que me sea simpático.

—No basta. Todos debemos contribuir a allanar las dificultades que puedan presentarse. Tened en cuenta que Humberto es un artista, y los tales son quisquillosos y viven en un mundo aparte. Bien, creo que basta con lo dicho. A él, todo estoy dispuesto a

perdonárselo, y a vosotros, nada.¿Se os antoja injusto? Pues sabed que es la mejor prueba que puedo daros de que fío en vosotros. Podéis seguir buscando estrellas, contando los rayos del sol, o haciendo eco al trino de los pájaros.

Pero, pese a su aparente desenvoltura, el Pirata Negro sentíase inquieto. ¿Habríase transformado el "violinista"? No bastaban para juzgarle unas cartas, que, con ecuanimidad, admitía tenían razón en ser frías, aunque reprochaba el poco cariño que demostraba la dirigida a Mireya.

Apartó de su mente aquella inquietud, para dirigirse al lugar donde reuníanse Ambrosio Bustamante, Juan Pérez y Lucio Agudo.

Desde que el descubrir la identidad de "Pañuelo Negro" constituía para Lezama una obsesión, los piratas, convertidos en sabuesos, intentaban por todos los medios averiguar alguna pista, inútilmente.

—¿Don Marcelo?—inquirió el Pirata Negro.

—Fué a encerrar a la "Colasa", señor—sonrió el navarro—. Yo opino que con perra o sin ella, pronto daremos con el del pañuelo.

—Aclara tu opinión.

—El señor Lucientes ha desaparecido, y debe ser porque está tras la pista. Yo opino que nos lo hará saber prontamente.

—Y vosotros, ¿alguna novedad?

—Ninguna, señor.

—Tratad, pues, que esta respuesta varíe, antes que empiece a amoscarme y sea yo mismo el que tenga que enseñaros cómo debe buscarse a alguien.

Marchóse Lezama, para poco después acercarse a la parte posterior de las caballerizas, donde "Cien Chirlos" contemplaba extasiado la voraz satisfacción con que "Colasa", la perra de lanas, daba buena cuenta de una escudilla repleta de pitanza.

—¿Te ha dicho ya la guapa dónde está lo que buscamos?—inquirió Lezama.

—Ella dará con el rastro, señor.

—Creo que hora sería de que para empezar diera ella con el rastro de Lucientes. Mañana, al amanecer, hazle oler vino, y a ver si después de recorrer todas las tabernas das con Lucientes.

Y como si prosiguiera en el mismo tema, añadió, sin alterar la voz, el Pirata Negro:

—Humberto llegará a principios del entrante mes, guapetón.

—Bien, señor—replicó el lugarteniente respetuosamente, para de pronto, al darse cuenta del significado, exclamar—: ¡Por cien mil cuernos quemados!... ¿Has dicho que...?

—Suelta una onza, lenguazas.

—Perdona, señor, pero tan de pronto me has largado la andanada, que me ha dejado “patidiconfuso”. ¿Humberto? ¿Tu hijo?

—Sólo dos tengo.

—Estará... estará muy contenta tu esposa, mi señora, que a veces notaría a faltarlo mucho. Entonces, señor, si vuelve es que ya maneja el pincho, y es todo un barbián.



¡Humberto? ¡Tu hijo?

—En fin, lo que sea sonará. Por ahora, lo que urge, es dar con ese condenado saltimbanqui de Lucientes. Resumamos los hechos. Vino a visitarnos un caballero llamado Gastón d´Arsonval, que con mucha oportunidad devolvía a la raptada hija del Virrey. Tanto a mí como a Lucientes nos pareció un capitán de fortuna, no muy convincente en sus explicaciones de cómo había encontrado a Juana Pereña. Un pastorcillo amigo de Lucientes siguió a d´Arsonval, y después comunicó al madrileño dónde estaba el belga. Marchóse

Lucientes... y no ha vuelto. ¿Tengo, pues, que decirte lo que hay que hacer?

—Lo que estoy haciendo, señor, que en algo debe verse que fuiste mi maestro y lo serás siempre. Ando buscando al pastorcillo, pero tampoco ha aparecido más por aquí.

—Vivirá en el interior, pero todas las mañanas, a primera hora, traerá al mercado sus productos a lomos de asno.

—Todos los asnos y pastores los he ojeado, pero ninguno es el niño de nariz remangada que don Diego apodaba "Trompetilla".

—Persiste. Tengo para mi caletre que el misterio de "Pañuelo Negro" nos lo pueden resolver: primero, Diego Lucientes, si es hallado; segundo, Frasco Zarzales, si aparece, que cita tiene conmigo; tercero, Gastón d´Arsonval, que también prometió visitarme, y por último, el pastorcillo. ¿Queda claro?

—Sí, señor... ¡Y maldi...! Y dejo de ser tu lugarteniente, si no doy pronto con alguno de esos cuatro personajes.

CAPÍTULO III

Historias de bandidos

Varias linternas alumbraban el largo subterráneo. En una concavidad lateral, forrada de damascos rojos, tendido sobre un lecho repleto de mullidas pieles, Diego Lucientes hacía unos instantes que imprecaba en voz baja, pese a estar solo.

La redonda y única vía de acceso a la gruta lateral, mostraba un sólido enrejado que, a modo de rastrillo, manejado desde el exterior, convertía en prisión aquel pequeño recinto.

—¿Es que no hay nadie en esta cueva de ladrones y bandidos?— gritó Lucientes, al terminar una sarta de imprecaciones—. ¿Es que pensáis dejarme morir de hambre, bellacos? ¿Qué beberé para subsistir?

Una carcajada creciente le interrumpió. Al otro lado del rastrillo un individuo alto, de felino andar, exótico aspecto y llamativos ojos verdes, reía a placer.

Abalanzóse hacia la reja Lucientes.

—¡Belitre! ¿Tú decías ser mi amigo? Allá en el mesón me diste adormidera[3]. Tengo la boca reseca y me duele la sesera. ¡Eres un hipócrita, Frasco Zarzales!

—Bien te consta que no lo soy, Diego Lucientes.

—¿Qué hago, pues, aquí, encerrado como una mona?

—Estás seguro y a buen recaudo.

—¿Prisionero?

—No puedo negarlo.

—¿Por qué?

—No por mi gusto. Pero somos tres en esta aventura. Y conocido tu carácter imprudente, "Pañuelo Negro", de acuerdo con d ´Arsonval, ha decidido que permanezcas aquí para que no nos

enemistemos. Sólo así seremos siempre amigos.

—¿Y que me convierta en esqueleto en esta cueva de bandidos?

—Cuando ya “Pañuelo Negro” decida revelar quién es, podrás libremente hacer lo que te plazca.

—Romperte el alma para empezar, bandido.

—No te placería. Somos amigos.

—¿Con un rastrillo de por medio, carcelero?

—Yo, si te narcoticé, fue porque no quise que te mataras con d´Arsonval. Y si aquí estás, es porque “Pañuelo Negro” lo ha dispuesto. Una temporada de descanso no te vendrá mal.

—Se inquietarán los míos.

—Podrás escribir, con discreción, inventando lo que quieras, para que sepan estás con vida y que con vida saldrás de aquí.

—Pero, escucha, talento, ¿me tienes por delator?

—Ni yo, ni d´Arsonval, ni “Pañuelo Negro”. Pero no quieren ni quiero que, por imprudencia tuya, fracase aventura muy bien planeada.

—¿Qué fin perseguís?

—Algún día y a su tiempo lo sabrás.

—Entonces... condenado estoy a rodar los pulgares tras este rastrillo medieval, ¿no?

—Cuantas veces pueda te haré compañía.

—Desde fuera, ¿no?

—Eres muy tuno, y yo también. Seamos amigos, ¡qué caramba! Yo te traeré comida, libros y lo que sea posible.

—¿Vino?

—Cuanto quieras,

—Bueno... Eso ya está más pasadero. Soy fatalista, y ante los malos ratos, elevo los hombros, sonrío avinagrado y me conformo. Pero es una jugarreta que, como me eche yo en cara al del negro pañuelo, la va a lamentar.

—Trata de ser imparcial. ¿Tú, a qué venías? A saber quién era él. Justo es., pues, que tome precauciones. Y si fuera, como piensas o te hace pensar tu enojo actual, un vulgar bandido, no estarías hablando, porque te habría degollado. La justicia busca a “Pañuelo Negro” para entregarlo al verdugo. No es, pues, aventurilla sin importancia.

—Pago, pues, mi fama de imprudente alocado. Has traído

escabel. ¿Es que piensas contemplarme como a un orangután desde el otro lado de la reja?

—Charlar contigo siempre que me sea posible.

—Algo es algo.—Y Lucientes, separándose de la reja, asió un escabel, sentándose. —Charlemos. ¿De quién fué la idea de esta caverna con celdas de roca y rastrillos que no los derriba ni Gargantúa?

—Dicen que es uno de los escondrijos donde solía reposar el capitán Kidd.

—¡Agua!—exclamó Lucientes asustado—. ¡Pues sí..., sí que estamos seguros aquí dentro! Al menos tú tienes las piernas libres para correr... Pero si viene Kidd con sus piratas y me pilla aquí dentro, me asa a la parrilla, empleando como tal el rastrillo.

—¿Conoces la historia del capitán Kidd?

—No. Pero cuanto he oído de alguna dé sus hazañas, es para ponerle el pelo de punta a cualquier calvo.

—Es interesantísima, y está relacionada con nosotros. Quizá ignoras que el capitán Kidd tenía la costumbre de enterrar los tesoros que iba robando en sitios distintos. Y Gastón d´Arsonval, que estando en Londres frecuentó el trato de gente que había navegado con Kidd, logró, una borrascosa, noche, adquirir de un marinero moribundo el plano de esta gruta, que nadie, a no ser Kidd, podría hallar. D´Arsonval cree que, además de cadáveres, bajo este suelo que pisamos tú y yo, puede haber alguno de los tesaros del capitán Kidd.

—Miel sobre hojuelas—se lamentó Lucientes—. ¿Conque además de enjaulado tengo la alegre perspectiva de verme inerme contra el infernal Kidd?

—Procuraría yo evitarlo. No estando "Pañuelo Negro" en la gruta, siempre se queda uno de nosotros dos: d´Arsonval o yo.

—¿Está, pues, ausente "Pañuelo Negro"?

—Sí.

—¿Quién es? Puedes ya decírmelo. Total... ¿no estoy enjaulado?

—Te lo dirá él mismo, quizá sin palabras... Bastará que le veas. O le oigas...

—En vista de tu terquedad, prefiero me cuentes una de ladrones. Relátame la vida del capitán Kidd.

—Un escritor aventurero llamado Saint Cross, la ha relatado con

interesantísimos detalles. Seguramente debió navegar con él. Te traeré bebida y comida, y podrás oír, en el mejor de los ambientes, la tenebrosa historia espeluznante del más taimado de los bandidos del mar. La historia del hombre que enterraba tesoros, como los perros entierran huesos.

Y media hora después, Frasco Zarzales, el capitán de fortuna, en uno de los escondrijos del famoso Capitán Kidd, narraba detalladamente la historia del más espectacular de los bandoleros del mar.

¿William Kidd? ¿Robert Kidd? Por ambos nombres suele designarse al más renombrado de los piratas, y tarea ímproba sería certificar cual le pertenece verdaderamente.

Improba o facilísima, porque a través de la necia admiración popular, del estupor, el miedo, la simpatía o la superstición, surge el nombre que le corresponde: Capitán Kidd. Bajo esta designación que atempera la historia a menudo canallesca del filibustero, le conocieron todos los pueblos de la tierra. Ni William Kidd ni Robert Kidd. ¡Capitán Kidd!

Antes de penetrar en la vida desordenada y fascinante de Kidd, debería definirse su nomenclatura. ¿Corsario, pirata, bucanero, filibustero, forbante? Dentro de todas y de ninguna, porque lo fué todo y todo lo hizo: salvar, robar, saquear, pedir, obedecer.

Era tripulante de la marina mercante, con mujer y familia en Nueva York. Se le reconocía como marino de crecidos méritos, tan capaz de trazar una carta oceánica, desarmar con habilidad y delicadeza un sextante, o aferrar el gobernalle con sus tremendas manos de coloso. Porque el capitán Kidd era hombre a la par que diestro, enormemente fuerte. Quebraba una nuez colocándola entre las primeras falanges de los dedos medio e índice.

Hacia 1690 estaban en lucha Francia e Inglaterra, y le confiaron un buque con patente de corso. Sostuvo varios combates marítimos con barcos franceses, y al cabo de ellos, había adquirido un rápido prestigio de jefe valeroso a la par que prudente.

Años más tarde embarcó hacia Inglaterra, movido por propósitos comerciales, y allí le fué encomendada una misión difícil.

El rey de Inglaterra deseaba exterminar con mano enérgica a las hordas piratas que hervían junto a las lejanas costas de Norteamérica. Sir Georges Bellomont acababa de ser nombrado

gobernador de Nueva York, y a él se dirigió Su Majestad, Guillermo III, príncipe de Orange, que había derribado del trono de Inglaterra a su suegro Jacobo II.

Necesitaba Guillermo un gran hombre para una gran empresa, y sir George Bellomont, respondióle:

—Majestad: no encontraríais un brazo más fuerte y una mente más despejada que los del capitán Kidd.

De esta manera, Kidd fué elegido para mandar las fuerzas navales contra la piratería. Se le invitó solemnemente bajo un nombre que era tan comprometido como respetable: jefe de la policía marítima.

Pero la Corte aunque le había confiado una misión oficial, no le pagaba sueldos de ninguna índole. La idea había partido de Guillermo III, y había sido recogida por numerosos capitalistas ingleses. Estos caballeros fundaron una pequeña compañía, mejor diríamos un trust, destinado no sólo a combatir los piratas del Nuevo Mundo, sino también a participar de los ricos botines que Kidd obtuviera.

Llamábase el tal trust, "Sociedad para la prevención de la crueldad con los comerciantes", y bajo tan austera designación se ocultaba un propósito de lucro.

Los capitalistas británicos recibieron al capitán Kidd en solemne ceremonia, y dijéronle:

—Estaréis encargado de dos comisiones.

—¿Dos?..

—Por la una, seréis corsario bajo patente expedida por nuestro gobierno, y en tal carácter trataréis de atacar, reducir y capturar cualquier buque que navegue bajo bandera francesa.

El capitán Kidd hizo un ligero gesto de asentimiento y preguntó:

—¿Y por la otra?..

—Por la otra, os otorgamos poder para dominar y destruir cuantos navíos piratas encontréis en alta mar o en las costas de América. ¡Es preciso acabar con esa mala ralea de ladronzuelos que infestan los mares y devastan las poblaciones indefensas!...

El capitán Kidd no era corto ni de ingenio ni de lengua. Se puso en pie, dominó a la reunión no sólo con su elevada estatura, sino con su mirada a la vez burlona y altiva, golpeó suavemente con sus gruesos dedos en la mesa, y dijo:

—Caballeros, hablemos claro. Se me habla de echar a pique embarcaciones piratas, pero entiendo que antes de hacerlas naufragar, será preciso en beneficio mío, vuestro y de la Corona…, será preciso, digo, desvalijarlas. ¿Estamos o no estamos?

Sí, estaban. Los capitalistas perdieron el empaque con que habían iniciado la reunión, y expusieron claramente ante Kidd las intenciones que los impulsaban. Kidd se apoderaría de cuanta riqueza fuera posible y llevaría una escrupulosa cuenta: tantas guineas, tantos fardos de seda, tantas barricas de ron, tantas piedras preciosas… Los beneficios obtenidos se dividirían equitativamente entre Kidd y los accionistas de la “Sociedad para la prevención de la crueldad con los comerciantes”. La décima parte del total recaudado pertenecía al Rey.

Kidd aceptó las condiciones impuestas con una mansedumbre indigna de su aspecto y de su carácter. Sonreía. Pero era la suya una sonrisa sarcástica y compasiva, que los desprevenidos asociados del trust no supieron interpretar. Antes bien, se felicitaban por la tolerancia del aguerrido marino, por la buena voluntad con que éste había acatado las órdenes y obviado los inconvenientes. Lejos estaban de sospechar el amargo desenlace de aquel convenio.

Kidd abandonó Inglaterra en una magnífica nave con treinta cañones y ochenta hombres que tenía un nombre significativo y simbólico: “Adventure”. A mitad de camino capturó a un barco francés y lo llevó a Nueva York.

En Nueva York puso manos a la obra, una obra que hubiera erizado de espanto los cabellos de los capitalistas británicos. Consideró Kidd que no poseía una tripulación suficiente, y la acrecentó engolosinándola con las palabra que sabía decir muy habilidosamente:

—Acompáñame en el “Adventure” y tú también llevarás ganancia en el saqueo que realicemos de naves francesas o de naves piratas.

Estas promesas hicieron que muchos marinos experimentados a los que Kidd conocía desde antiguo, abandonasen sus mal remuneradas tareas para embarcarse junto al capitán, y cuando meses más tarde el “Adventure” zarpó de Nueva York y bordeó la extensa franja de Long Island, llevaba una tripulación de ciento cincuenta y cinco hombres, hábiles y resistentes, armados hasta los

colmillos y encendidos por la ambición.

Zarpó Kidd impulsado por el ostensible propósito de guerrear sin cuartel con los filibusteros del Caribe, toda aquélla gente primitiva y bárbara que tenía como plaza principal, refugio y cabecera la pequeña isla de la Tortuga, con el fondeadero de Bajatierra.

Pero aquella policía marítima creada bajo la iniciativa de Su Majestad Guillermo III, tenía una manera sumamente curiosa de desenvolverse. Con pasmosa despreocupación, el "Adventure" no se acordó de recorrer las costas americanas y enderezó hacia la isla de Madeira.

Kidd se detuvo brevemente en Madeira, se aprovisionó con ricas tinajas de aquel vino famoso, y con abundantes y frescas frutas del país, prosiguió impávidamente su viaje hacia el Sur.

Llegó al sombrío y desordenado Cabo de Buena Esperar, allí donde hierven y rugen las olas más altas del mundo. Dobló el cabo venciendo una horrible tormenta, se dirigió hacia la isla de Madagascar, atravesó el canal de Mozambique, descansó pocos días en Zanzíbar, y penetró finalmente en el Mar Rojo.

El hombre cuyo deber le obligaba a estar en las Antillas, estaba a dos pasos de Egipto y de Arabia. La tripulación estaba estupefacta y descontenta por aquella aparente negligencia de Kidd. El capitán del "Adventure" no se comportaba como un corsario autorizado por Su Graciosa Majestad Británica, sino como el más desinteresado de los turistas. Entonces fué cuando Kidd dejó caer la bomba. Reunió a sus bravas gentes, y les dijo:

—Amigos: he resuelto alterar la naturaleza de mis negocios. He decidido que no es tarea que me plazca esta de perseguir piratas, y encuentro plausible que me convierta en pirata yo mismo. En vez de apresar únicamente naves francesas, para lo cual estoy autorizado legítimamente, trataré de capturar cualquier embarcación valiosa de estos mares. Seremos imparciales, y así aquella navegue bajo pabellón español, inglés, francés, holandés o turco... ¡el que fuere!... pues a reducirla primero y luego a repartirla entre todos vosotros. Quien no estuviere de acuerdo que me lo manifieste, y será relevado de su compromiso con la menor violencia posible.

La respuesta fué un unánime alarido de entusiasmo. La tripulación tenía el ánimo machacado por aquella navegación inútil, y ahora volvía a la vieja esperanza: el abordaje, el saqueo, el pillaje,

el enriquecimiento.

Todos, absolutamente todos, estuvieron de acuerdo con la determinación del “jefe de la policía marítima”, ironía casi sangrienta, y allí mismo decidióse la futura suerte del “Adventure”.

Explicó Kidd que había tomado la ruta del Mar Rojo, porque uno de sus propósitos era capturar la rica Flota Mocha que probablemente arribaría frente a Asir el Yemen en aquellos días. Pero la flota Mocha o Mokka, no llegó, y Kidd, olvidándola por el momento, comenzó su asombrosa carrera de pirata.

La primera presa fué un navío moro, embarcación pequeña y armada malamente, que no pudo resistir el embate de los flamantes filibusteros. El abordaje se realizó con una rapidez extraordinaria, y cuando Kidd hizo comparecer ante sí al capitán del navío vencido, llevóse una sorpresa enorme. Ante él no estaba un árabe enjuto y cobrizo. ¡Era un caballero de ojos celestes y anchas patillas rojizas que lo contemplaba pálido, no de miedo sino de furor!

—¿De dónde sales? — preguntó Kidd—. Esperaba encontrarme con un viejo moro amarillo, y mira qué cabeza colorada tienes. ¿De dónde eres tú?

El capitán vencido apretó los puños, y murmuró:

—Soy inglés.

Kidd estaba atónito.

—¿Inglés?

—Sí. Y no tenéis el menor derecho de ponerme las manos, encima. Mi patria no está en guerra con Marruecos, y mi nacionalidad británica me protege. ¡Eso lo entenderéis!...

Sí, desde luego el capitán Kidd lo entendía perfectamente. No era una bestia ambiciosa, sino un marino culto y conocía las leyes del mar como el que más. Tenía razón aquel hombre que hervía de resignada cólera ante él. Su calidad de inglés, confería a la nave marroquí, prerrogativas que él, Kidd, como asalariado do un trust británico, estaba en la obligación de respetar. Por un instante la vieja noción del deber y del derecho palpitó en el cerebro perplejo del pirata. Pero luego encogió sus anchos hombros murmurando: “¡qué me importa!” y dijo:

—Oyeme, cabeza roja: emprendo un camino nuevo, y tú comprenderás que sería estúpido dejarme invadir por los escrúpulos y aceptar los trámites de la legalidad. No es cosa mía si un inglés

chiflado encabeza y dirige una morería miserable como esta. ¡Al diablo tú y tus delicadezas internacionales! Te he aplastado, y desde ahora en adelante, no reconozco más derechos que los de la fuerza. Ya te he dicho todo. ¿Te queda algo por decir?

—Sí...—repuso el inglés, serenamente—. Que me muero de asco al recordar que pertenecemos a la misma raza tú y yo.

El insulto cruzó como un latigazo el ancho rostro de Kidd. Palideció horriblemente, levantó su mano ciclópea, y la descargó en revés sobre el digno adversario, que quiso cubrirse con un tardío movimiento de protección. Cayó hecho un ovillo, arrojando un río de sangre por las narices, sin sentido.

Pero restos de la vieja dignidad se alzaban en el espíritu todavía no fatalmente corrompido del Capitán Kidd. Ordenó que vendaran al inglés con hilas que él mismo extrajo de su provisión particular, y lo hizo conducir al camarote principal del barco vencido.

—¡Que nadie toque un pelo de esto hombre!—anunció con voz estentórea—. Ahora, desocupad la nave de cuanta cosa de valor halléis, y transbordadla al “Adventure””. Pero respetad los efectos personales del inglés, bajo pena de amarraros en la sentina a pan y agua.

En la tripulación de Kidd había un hombrecillo enjuto, un viejo ladronzuelo de los puertos llamado Enías Balfour. Descreyó Enías de la severidad de Kidd, y sus ágiles dedos escamotearon un grueso reloj de plata que el inglés desvanecido guardaba en el bolsillo de su pulcra chaqueta.

La viva mirada del capitán sorprendió al vuelo el hurto del tripulante. Kidd agarró del pecho al aterrorizado Enías Balfour, lo levantó en vilo, como si se tratara de un muñeco, y lo despidió, a cinco pasos. Chocó Balfour contra el palo de mesana, y luego se deslizó hasta el suelo, gimiendo sordamente. Su brazo derecho se había quebrado en dos partes como una rama seca.

—¡Se obedece!—rugió el capitán Kidd, con voz tonante—. Que no me vea obligado a repetir de hoy en adelante, lecciones como esta. En el “Adventure” sólo se escucha una palabra: ¡la palabra de Kidd!

AI saquear una nave capitaneada por un inglés, Kidd se colocaba violentamente al margen de la justicia, y pasaba de hecho. a convertirse en un ladrón del mar, un pirata cabal. Esta primera

presa no tenía mucha importancia, pero tuvo un valor de aperitivo, y con el apetito estimulado por el primer botín, los filibusteros del capitán Kidd se lanzaron a los mares orientales, dispuestos a la más desordenada depredación.

Antes de que pudieran echar mano a embarcación alguna, apareció el “Royal Captain”. Una mañana gritó el vigía:

—¡Barco a estribor!

Los piratas se volcaron tumultuosamente sobre la borda de estribor para contemplar aquella embarcación cuyas velas inmaculadas, hinchábanse con gallardía.

Tratábase del “Royal Captain”, un hermoso barco que navegaba bajo bandera inglesa y en cuyo puente levantábase cómicamente una culebrina tan decorativa como inofensiva. El “Royal Captain” era, desde luego, una presa cómoda. Un murmullo ambicioso recorrió la tripulación, y algunos apresurados aprestaron sus armas, aseguraron los anchos puñales en las llamativas fajas de colores, so despojaron de las botas, y aguardaron descalzos el momento del inminente abordaje. Pero Kidd suspiró, mientras colocaba el catalejo bajo su brazo, y dijo:

—¡Calma! No se le atacará.

Kidd mandaba un barco inglés, y su tripulación era inglesa. ¿Es que podía atreverse a atacar una nave protegida por el pabellón de Inglaterra? Luego, al cabo de los años, Kidd se atrevería a esto y a mucho más; pero ahora su personalidad de pirata no estaba definitivamente formada, y no podía arremeter contra el “Royal Captain”.

Se lo impedía un complejo sentimiento, mezcla de nostalgia patriótica, sensación de responsabilidad, angustia, respeto y temor. De modo que el “Adventure” al cruzarse con la hermosa nave la saludó con la exquisita cortesía del caso, y cada barco prosiguió su derrotero en paz.

Las órdenes de Kidd se habían cumplido, pero sus hombres hervían de indignación. La fácil presa del barco marroquí había desatado en ellos impulsos, que la lindísima presencia del “Royal Captain”, había exacerbado hasta la desesperación. Ninguno se atrevía a protestar en forma clara y terminante, pero las quejas y las imprecaciones sonaban sordamente en el “Adventure”, con el murmullo áspero e insoportable de la resaca.

Advirtiendo Kidd aquella tormenta próxima a estallar, enfrentóse con los descontentos, cruzó los fuertes brazos sobre el pecho, y dijo con helada calma:

—Si alguno está disconforme, que me lo haga saber.

Un hombre de aspecto malhumorado y salvaje, destacóse del grueso de los piratas. Era William Moore, condestable, título este último que designa al sargento de la artillería de marina.

Moore había estado bebiendo, y el vaho de la ginebra lo inundaba con un coraje loco. Era, por otra parte, casi tan vigoroso como Kidd, y de ninguna manera un adversario despreciable.

El párpado superior de su ojo derecho caía ligeramente, y esa pequeña parálisis le obligaba a erguir la cabeza cuando hablaba, lo que le daba un aspecto agresivo y petulante.

—Yo estoy disconforme... — manifestó— ¡Yo!

Kidd descruzó los brazos, y comenzó a acariciarse el puño izquierdo con la mano derecha. Pidió a William Moore razones, y se las pidió con una serenidad deliberada, que contrastaba con el tartajeo del ebrio. Éste dijo que habían perdido más, de un año navegando estúpidamente, que sólo habían saqueado un barquito de mala muerte, y que ahora, cuando se presentaba una oportunidad tan fácil como provechosa, él, Kidd, la desperdiciaba, porque caía dentro de prejuicios, de sentimientos tontos, de escrúpulos imbéciles.

—Moore... — respondió el capitán Kidd, con una voz fría y pausada, que no revelaba la menor emoción: —Tendría muchas razones parta darte, pero las callo porque no las entenderías, y porque aquí mando yo. No necesito explicarme ante nadie, ya que en el "Adventure" se hace exclusivamente mi voluntad: Eres un pobre loco, y para tu fortuna, estás borracho. Que si no lo estuvieras, ¡ya te hubiese escarmentado como te lo mereces, infeliz!

Moore saltó sobre Kidd como una pantera. Esgrimía un puñal, y tiró a matar. La hoja de acero brilló bajo el sol como un relámpago, y el jefe pirata, ante la violencia del ataque, apenas pudo eludirlo.

Segundos más tarde, Kidd levantaba entre sus fuertes manos un cubo de hierro. Encendido de cólera, Moore lanzóse contra Kidd. El cubo descendió pesadamente sobre la cabeza del borracho, que cayó con el cráneo deshecho. Al día, siguiente, falleció.

A partir de aquella incidencia trágica, la docilidad de los

tripulantes del “Adventure”, convirtióse en un ciego y acaso resignado fanatismo. Lo que Kidd ordenó llevóse a cabo estrictamente, sin vacilaciones y sin reticencias. La flamante embarcación pirata libró victoriosos abordajes y obtuvo suculentos y sucesivos botines en el golfo de Aden, el cabo Guardafui, el estrecho de Bab el Mandeb, las proximidades de la isla Socotora.

La conciencia de Kidd no estaba tranquila, y comenzó a temer que las informaciones de su piratería llegaran a su patria antes que él. Pensaba en los capitalistas defraudados y en la enorme influencia que esta gente poseía ante la corona. Continuó recorriendo los mares orientales, y devastándolos sin escrúpulos, pero estrujaba su mente en la búsqueda de algún recurso que le permitiera disimular ante la justicia británica el verdadero cariz de sus actividades, y por fin, lo encontró.

Hacia 1700, poco antes de la muerte de Guillermo III, capturó una hermosa galeota de veintitrés bancos, tan grande y armada como una galera de Berbería. Tomó de ella todo el botín que pudo, y luego procedió a arreglar el asunto para que el ataque apareciera como una transacción legal.

Aunque estaba tripulada por moros, contaba con la capitanía de un viejo holandés, y por lo tanto, encontrábase en idénticas condiciones de inmunidad internacional que aquel barco en que Enías Balfour intentó hurtar el reloj del capitán.

No sólo Inglaterra estaba en buenas relaciones con Holanda, sino que Su Majestad Guillermo III, príncipe de Orange, era natural de La Haya, había sido estatúder, supremo magistrado de los holandeses en 1672, y había salvado a su patria natal de la invasión francesa, rompiendo los diques ante los ejércitos de Luis XIY.

Ultrajar a un súbdito holandés era lastimar en sus sentimientos más íntimos al soberano, y excitar y desencadenar su viejo patriotismo, demostrado frenéticamente a lo largo de tantas oportunidades históricas.

Kidd podía ser un aventurero desaprensivo, pero no era un obstinado, y recurrió a un hábil procedimiento para disimular la gravedad de su falta.

Escogió a uno de los aterrorizados tripulantes de la galeota, lo hizo llevar a su presencia, y díjole:

—Vas a morir.

El desdichado llenó de quejas y de súplicas la cucheta donde el filibustero le interpelaba. Entonces, Kidd agregó:

—Claro que vas a morir, si tú mismo levantas tu horca, porque mira… existe para ti un recurso de salvación.

—¿Cuál? ¡Decídmelo!

—Una tontería, muchacho. La cosa más sencilla del mundo. Firmarás este documento.

El hombre desconfió.

—¿Un documento? Bueno, sí… pero es preciso que lo lea antes.

Kidd recogió el pliego, y lo puso ante los aterrorizados ojos de su interlocutor.

—Pues lee y lo comprenderás.

Decía el pliego:

"Por el presente, yo, Alphonse A. Dufresnier, declaro ser francés, natural de Evreux, departamento del Eure, y capitanear la galeota "Schonooven", capturada en legítimo ejercicio de corso, por él jefe de policía marítima de la Corona de Inglaterra, Capitán Robert Kidd."

El tripulante firmó porque la vida le iba en ello. Firmó ante varios testigos, que certificaban la indubitable legalidad del documento que acababa de suscribirse. Kidd guardó el pliego. Si el gobierno inglés alguna vez le exigía cuentas por el abordaje y saqueo de la "Schonooven", el astuto filibustero presentaría ante la justicia aquel documento, y declararía:

"Tengo patente de corso para asaltar naves francesas y francés era el comandante de la "Schonooven". Al menos, así lo creí, y aquí están las pruebas escritas. Si de algo puede acusárseme es de crédulo. Evidentemente, he sido sorprendido en mi buena fe".

Continuó Kidd devastando espectacularmente los mares de las Indias Orientales, con extraordinaria fortuna, hasta que le llegó el instante del gran golpe: el asalto y captura de un magnífico buque de Armenia, bautizado "Quedagh Merchant" y capitaneado por un inglés.

Y los viejos y cada vez más espaciados escrúpulos del pirata iban desapareciendo, absorbidos por su vida aventurera y victoriosa. Frete al "Royal Captain" había sido un marino caballeroso que mandaba efectuar todos los respetuosos trámites del saludo en el

océano.

No habían bastado las palabras de William Moore, el condestable borracho, para desviarlo de aquella resolución adoptada, mitad por patriotismo, mitad por prudencia. Ahora no. Ahora Kidd se reía de las precauciones, de los deberes patrióticos y de las leyes del mutuo respeto marítimo.

Se apoderó del “Quedagh Merchant” y obtuvo con aquel hermoso navío mercante la presa más suculenta de su agitada vida filibustera. Rico era el “Quedagh Merchant”; hasta el punto de que sólo la porción correspondiente a Kidd, ascendía a más de siete mil libras esterlinas.



quedó clavada en la puerta...

Con la sentina repleta, atestados los bolsos, y enardecidos de alegría los ánimos, el “Adventure” tomó rumbo a Madagascar, la enorme isla situada frente a la costa sudeste de Africa, la isla colosal ya mencionada por Marco Polo y avistada por Diego Díaz en 1500.

En las inmediaciones de Madagascar se produjo un hecho singularísimo: el encuentro con otra nave pirata. Hasta entonces, Kidd solo había topado buques mercantes, lugres, galeones, galeras

o galeotas, bajo bandera francesa, holandesa, inglesa, con tripulaciones marroquíes, o egipcias, o europeas.

Nunca había encontrado una embarcación corsaria, él, Kidd, jefe de la policía marítima, recomendado por sir George Bellomont para perseguir y destruir la piratería.

El navío que Kidd encontró cerca de la isla del zebú estaba mandado por un pirata inglés apellidado Culliford. La tripulación del “Adventure” quedóse desconcertada ante aquella aparición. ¿De qué manera reaccionaría el jefe? ¿Recordaría, su viejo convenio y reuniendo el placer con la obligación, procedería a atacar con permiso de corso y en beneficio de la Corona aquella primera embarcación de bucaneros que se atravesaba en el camino del renegado?

En esta emergencia, Kidd tuvo ocasión de demostrar que si bien transgredía la ley, era leal a su compromiso de evitar las transgresiones cometidas por terceros. No lo hizo así.

El “Adventure” saludó prudentemente a la embarcación adversaria, acercóse la una a la otra, saltó Culliford a la cubierta ajena… ¡y ambos bergantes se confundieron, cual pudieran hacerlo, alborozadamente, viejos e íntimos camaradas tras larga ausencia, en un estrecho abrazo!

Dirigiéronse el uno al otro toda suerte de preguntas y alabanzas, expusieron sus ideas y luego, mientras las tripulaciones confraternizaban libre y alegremente, confraternizaron también los jefes, enternecidos por dos botellas de un rico whisky escocés, que Cullinford extrajo de su bodega particular, y resolvieron ejercer la piratería en común.

—¡Contigo hasta el fin del mundo, mi querido Kidd!

—¡Donde tú quieras llevarme, mi querido Cullinford!

Reunidos Cullinford y Kidd cometieron empresas vandálicas y decuplicaron el terror individual que despertaran antes de su asociación. Ambos compinches congeniaban, y el dúo se mantenía armónicamente compenetrado, bien que Cullinford reconociera en Kidd la superioridad de la fuerza y el talento, y se resignase a un papel de segundón, gallardamente ejercitado.

Era Cullinford un hombre desconcertante: de estatura mediana, aunque de contextura hercúlea y brusco en sus maneras. Le faltaban los dos incisivos superiores, lo que proporcionaba a su sonrisa una

apariencia de mordedura. Gustaba entonar con desagradable voz las viejas y peculiares canciones de su aldea natal, y arrojaba el cuchillo tan certeramente que atravesaba una moneda a diez pasos.

En una oportunidad, el “Adventure” y la nave de Cullinford atacaron a una goleta corsaria, sobre la ruta del mar de Timor. Un bucanero de ésta apoyó una mano en la puerta del camarote de Kidd, con ánimo de abrirla. En medio de la baraúnda, el acre olor de la pólvora, el estallido de la fusilería, y los gritos de dolor, advirtió Cullinford la maniobra. Despidió su puñal desde una distancia de treinta varas, y la mano del desventurado bucanero quedó clavada en la puerta tan firmemente como si la hubieran atornillado.

La complicidad de ambos piratas no duró mucho tiempo. El capitán Kidd dijo un día, acaso atacado por una vaga nostalgia de la tierra natal y la familia abandonada:

—Cullinford, viejo: estoy pensando que ya es hora de que regrese a Londres o a Nueva York, para dar cuenta de mis actos a sir George Bellomont o al trust de capitalistas.

El compinche rió burlonamente:

—¿Qué pretendes, Kidd? ¿Qué te cuelguen? Olvidaste la palabra empeñada y firmada, no has hecho el corso sino arbitrariamente y en tu beneficio… ¿Y tienes el descaro, la desvergüenza, el inconsciente heroísmo o la audacia loca de presentarte ante aquellos caballeros que estarán frenéticos, y decirles: “Aquí estoy”? Kidd, muchacho de mi alma, estás bebido.

Kidd dió sus razones, no del todo descaminadas. Había ejercido la piratería en las aguas orientales, muy lejos de las Islas Británicas o de la América del Norte, y confiaba en que la noticia de sus fechorías no hubiese llegado a las costas de habla inglesa.

—¡No, Cullinford, créeme! Sólo por milagro podrían conocer las autoridades cuanto hice o cuanto hemos hecho.

—Kidd, mira que hundiste un buque bajo capitanía holandesa…

—¡Pero tengo en mi poder el documento que me libra de toda responsabilidad!

—Es que también abordaste la nave mora, aquella que mandaba el inglés al cual partiste la mandíbula de un puñetazo. Las noticias vuelan, Kidd, sobre todo las noticias de esta índole y mucho me temo que te metas en un baile infernal y amanezcas colgado de un

patíbulo y con peluca de cuervos.

Pero el capitán Kidd poseía una descomunal audacia y una asombrosa confianza en sus propios recursos, y estaba dispuesto no sólo a regresar a su patria, sino, también a ponerse en contacto con sir George Bellomont, el desprevenido gobernador de Nueva York, que lo— enalteciera ante la consideración de! monarca británico.

—Oye, Cullinford. El dinero compra todas las conciencias.

—¡Pero no la conciencia de Bellomont! Es un hombre íntegro, el inglés más honrado del mundo. ¡Tú lo conoces bien! No podrás comprarlo.

—¿Y quién habla de comprarlo? Yo hablo de convencerlo. Bellomont forma parte de esa hipócrita "Sociedad para la prevención de la crueldad con los comerciantes". Por tanto participa de las ganancias de mi corso. Espero hacerle creer a él y a todos aquellos belitres de la asociación que mi botín... bueno, que la parte de botín que exhiba ante ellos, procede exclusivamente de embarcaciones francesas o piratas a las que vencí en aguas del Oriente: El trust repartirá las ganancias, entregará su cupo al rey, y podré disfrutar tranquilamente del resto del tesoro... y del resto de mi vida. Aun entregándole sus partes a los caballeros de aquella sociedad del infierno, esa del nombre tan largo, me quedarán guineas más que suficientes para llevar la existencia más lujosa que capitán alguno haya llevado jamás.

Inútiles fueron las tentativas de Cullinford para persuadir a Kidd. Este habíase organizado un tremendo plan de combate contra las autoridades, y lo llevaría a cabo de una manera o de otra. Regresó, pues, a las Indias Occidentales.

No quiso Kidd regresar a su patria en el "Adventure", a la sazón demasiado pequeño para transportar los riquísimos botines acumulados por el pirata. El "Adventure", luego de una larga y trabajosa campaña, fué quemado, y los filibusteros prosiguieron su marcha a bordo de la última presa, el bellísimo "Quedagh Merchant", el barco de Armenia que viajaba bajo la capitanía de un inglés. La tripulación estaba contentísima y cantaba entre las cuerdas.

Pero sorpresas desagradables se avecinaban para los bucaneros del "Quedagh Merchant". La embarcación llegó a las Indias Occidentales, y allí capturó una goleta inofensiva, de bandera

inglesa. El abordaje no encontró resistencia, y hubiera pasado a ser uno de tantos, uno de los menos importantes, de no ser porque el segundo piloto de la nave vencida, a quien habían amarrado con gruesas cuerdas a la rueda del gobernalle, gritó:

—¡Ah, tú eres el capitán Kidd! ¡Buena te espera cuando llegues a Nueva York, bandido!...

Kidd interrogó al piloto y supo por boca de éste lo que Cullinford había sospechado: que las noticias de la piratería del "Adventure" habían llegado a conocimiento de las autoridades coloniales. La indignación de éstas había adquirido contornos tan desmesurados que se dictó un bando por el cual se ponía precio, si no a la cabeza, por lo menos a la libertad de Kidd.

Al escuchar estas revelaciones, el despiadado aunque inteligente rostro de Kidd adquirió tonalidades sombrías.

—¡No te creo, maldito!—gritó, colocando su poderoso puño bajo las narices del hombre atado al timón—. Quieres vengarte de mí y mientes. ¡Me dirás que has mentido si no quieres que te escarmiente de por vida!

El segundo piloto estaba sereno, aun dentro de una intensísima palidez. Sonrió y dijo:

—Para demostrarte que no te miento, oye: busca en el bolsillo derecho de mi chaqueta, y acaso encuentres un cierto papelito que me salve y que te interese.

Kidd buscó con nerviosos dedos, y extrajo un papel plegado en numerosos dobleces. Era un bando de la autoridad colonial, y decía:

"Roberto Kidd, jefe de la policía marítima, autorizado en corso y capitán del "Adventure", ha caído en rebeldía y deberá ser arrestado, caso que tocare punto alguno de las costas de Inglaterra o América o sitia que se encontrase bajo jurisdicción de la Corona."

Pocas veces había bebido Kidd una pócima tan amarga. Estrujó el bando dentro de su tremendo puño, y una nube de perplejidad y desconcierto obscureció aquella frente, siempre tan llena de desparpajo, de cínica arrogancia. ¿Cómo? ¿Se le cerraban los viejos caminos de la patria y de la familia? ¿Estaría condenado a disfrutar de su fortuna en alguna lejana tierra extranjera, repudiado por los suyos, convertido de jefe de policía marítima, en un descastado, un perseguido, un ladrón?

Pero duró muy poco la desorientación de Kidd. Era hombre de

inagotables recursos, y ahora, junto a su habitual fortaleza de cuerpo, de inteligencia y de ánimo, se levantaba el tremendo poder de la riqueza. Kidd confiaba en la venalidad de los hombres, y arrebatado por esa fe, se dispuso a pelear contra la justicia o por lo menos, a tratar de convencerla. O comprarla...

Sir George Bellomont estaba a la sazón en Nueva York, y era uno de los principales accionistas de la empresa. La esperanza de Kidd consistía en que Bellomont, seducido por las ganancias que caerían abundantemente de sus manos, haría oídos sordos a los informes lapidarios que condenaban la perversa conducta del pirata.

Si Kidd conseguía aturdir a Bellomont con el sonido del oro, y ponerlo de su parte, ya nada tendría que temer, y podría cumplirse su viejo sueño: descansar de tan abyecta vida, junto a su mujer y sus hijos, sin que las autoridades le exigieran cuenta de los atropellos cometidos contra todos los barcos y todas las banderas, allá en los lejanos mares de Oriente.

Esta posibilidad de ninguna manera descabellada, impulsó el viaje de regreso. Kidd conocía a los hombres, y sabía cuanto podía esperar de ellos. Pero no acometió la empresa de llegar directamente a Nueva York, porque ello hubiera sido una temeridad absurda, increíble, en quien era no sólo valiente con las armas, sino también razonador y discreto como un matemático.

Recaló ligeramente y de noche en las Islas Bermudas, recogió en éstas nuevas informaciones sobre la orden de arresto que le concernía, y luego resolvió tocar las costas de Nueva Jersey, pero no con su imponente y atractivo “Quedagh Merchant”, nave cuya apariencia espectacular le impedía toda oportunidad de pasar inadvertido, sino a bordo de una chalupa de dos palos adquirida al efecto. Un compinche quedó al mando del “Quedagh Merchant”, anclada a más que prudencial distancia de la costa, y el capitán Kidd embarcó en su chalupa dentro de la cual colocó una parte de sus riquezas: cofres de piedras preciosas, monedas de oro, lingotes del riquísimo metal, y resplandeciente vajilla de plata.

A bordo del “Quedagh Merchant” quedó una pingüe mercancía de fardos de seda, alfombras persas y azafrán de las Indias. Y en otros sitios ignorados de todos, quedaban otras porciones del tesoro, enterradas... cubiertas por los esqueletos de los cavadores, a quienes, el propio Kidd remató por la espalda, dentro de la abierta

fosa.

Entró Kidd en la Bahía, de Delaware con el objeto aparente de avituallarse, pero con el propósito real de recabar nuevos informes. Procedía cautelosamente, y antes de dar un paso verificaba la solidez del terreno que lo sostenía. Las noticias que obtuvo hubieran llevado el desaliento a quien no poseyera su extraordinaria firmeza de ánimo. La situación habíase tornado severísima, y los bandos en su contra se multiplicaban incansablemente. Supo que incluso los miembros de su familia eran sometidos a una vigilancia especial. Kidd hubiera caído preso si hubiese intentado aproximárseles.

Luego ocurrióle un incidente cuyas consecuencias comprobaría semanas más tarde. Encontrábase Kidd a la orilla de la bahía, vigilando el abastecimiento de su chalupa, cuando se le acercó un anciano con gorra de hule, ancha pipa de cazoleta, blusa recosida y unas espesísimas barbas blancas que le llegaban de oreja a oreja. El anciano lo miró estupefacto, y gritó:

—¡Kidd!

El filibustero se estremeció, pero recobró su serenidad prontamente, y midiendo la enjuta figura del viejo de pies a cabeza, respondió que no sabía de qué se trataba y que incurría en error al llamarle por ese nombre.

—¡No, no!—insistió tercamente el viejo—. Tú eres el capitán Kidd, y debes reconocerme; soy Bienvenido Austin, el “Goma”. Fuiste mi segundo a bordo del “Patrick” y juntos pescamos aquel salmón de treinta y dos libras. Acuérdate de la sidra que bebíamos en casa de mi hermana Jezabel.

Kidd respondió fríamente;

—No sé de qué me habláis, buen hombre. Ni soy Kidd ni conozco a vuestra hermana, ni me gusta la sidra, ni he pescado un salmón en toda mi vida. Los años os enturbian la vista y creéis reconocerme, pero estáis equivocado. Dejadme en paz.

El anciano lo contempló en silencio, y pareció que iba a hablar, pero luego llevóse la mano a la visera de la gorra, giró sobre sus tacones, y desapareció.

De Bienvenido Austin partió la delación. Presentóse a las autoridades de Nueva Jersey y juró por su honor, dando grandes manotazos sobre la mesa del magistrado, que había estado frente a frente del perseguido capitán Kidd. Algunas otras personas a

quienes había llamado la atención el aspecto impresionante e imponente del filibustero, confirmaron las declaraciones del “Goma”, y pronto transcendió hasta Nueva York la noticia de que el renegado jefe de la policía marítima merodeaba por aquellas costas americanas que jurara defender, y a las que abandonó tan desaprensivamente.

Sir George Bellomont ardía de despecho, y comprendió que había llegado el momento tan dulce de la venganza, Al momento dispuso que persiguiera a Kidd una corbeta de puente, con una batería debajo de la cubierta superior y dieciséis cañones por banda. Comprendiendo Kidd la inminencia del peligro y la imposibilidad de permanecer inmune a la vecindad de Delaware, tomó rumbo al norte y fondeó en Long Island Spund, que separaba la famosa isla del estado de Nueva York.

Fué entonces, cuando el capitán Kidd intentó sorprender a sir George Bellomont con una temeraria maniobra de contragolpe. Tuvo el infinito desparpajo de enviarle una carta concebida en estos términos:

"Excelencia:

”He regresado a la patria en el “Quedagh Merchant”, uno de los tantos barcos que asalté y capturé en ejercicio del corso y para beneficio de la Corana. Mi tarea en los mares de Oriente ha sido tan dura cómo provechosa, y volvía de ella con el espíritu iluminado por la satisfacción del deber cumplido honestamente, dispuesto a presentar mis informes ante la “Sociedad de Previsión”. Pero mi profunda paz espiritual se ha convertido en desencanto y amargura al comprobar de qué manera los maldicientes han dejado correr malas especies, calumnias tan injustas como peligrosas para mi integridad. Por estas razones y atendiendo a mi seguridad personal, no me he presentado ante Su Excelencia a dar cuenta de mis actos y de la línea patriótica de mi conducta. Para hacerlo sólo espero que Su Excelencia garantice mi libertad y el respeto de mis derechos partitivos sobre las piezas cobradas. Dios salve al Rey.”

Luego de cursada esta extraordinaria carta y mientras esperaba la respuesta de Bellomont, Kidd penetró en la parte más novelesca de su azarosa existencia: la ocultación de sus tesoros, que ya había

iniciado en su periplo por el Pacífico e islas del Sur.

Kidd, pensó acertadamente que si Bellomont rechazaba sus propuestas y le perseguía, no sólo con su severidad de funcionario, sino con su celo de hombre mortificado en su vanidad, le resultaría fatigoso ir de aquí para allá, conduciendo el resto de sus pesados cofres llenos hasta los bordes de metales y gemas. Luego, que se exponía, no sólo a que lo capturaran, sino también a que lo desposeyeran de sus riquezas.

Mientras Sir George Bellomont bufaba de cólera y no sabía de qué manera considerar el mensaje de Kidd, éste navegaba hacia el Oeste de la bahía Oyster. Temía aproximarse al Nuera York, aunque estaba en contacto con esta ciudad, hasta el punto de que su mujer y sus tres hijos vinieron a reunirse con, él.

A la sazón las autoridades se encontraban sumidas en el desconcierto. Tenían noticias de la carta dirigida a Bellomont y no sabían de qué manera reaccionaría el gobernador de Nueva York. ¿Consideraría a Kidd como el siniestro bergante que en realidad era, o aceptaría las condiciones impuestas por el pirata y le otorgaría prestigio de inmunidad.? Se conocía la absoluta integridad moral de Bellomont… pero también se conocía la desaforada fuerza del dinero.

Sabíase, por otra parte, que algunos capitalistas del trust preferían pactar con Kidd antes de perder para siempre las gruesas sumas comprometidas en la empresa. Bien podía suceder que la presión de los capitalistas venciese el ánimo iracundo de Bellomont, y que se arrojara un piadoso manto sobre la criminal biografía del antiguo capitán del “Adventure”.

En resumen, que las autoridades no sabían qué hacer con Kidd, y éste comenzó a asomarse prudentemente a pequeños pueblos de la costa, donde a menudo era recibido como un héroe y no molestado en forma alguna por la persecución oficial. La esposa de Kidd le instaba a pelear por la reivindicación de su nombre. Ella amaba a su marido, y creía de buena fe en cuantas patrañas éste le refería. Lo consideraba como una desventurada víctima de la calumnia, un honrado patriota afrentado por los envidiosos y decíale frecuentemente:

—Tú tienes la conciencia tranquila y debes demostrárselo a ese caballero empecinado y malhumorado de Bellomont. Lo que pasa es

que está rabioso, pues tardaste tanto tiempo en traerle su presa. Muéstrale unas cuantas guineas y lo convencerás.

Pero Kidd sabía que Bellomont no era fácil de convencer, y continuó procediendo con cautela, haciéndose simpático a las pequeñas autoridades costeras que le contemplaban perplejas, y a las que convidaba a beber frecuentemente. De vez en cuando no olvidaba llevar una pequeña joya para la esposa o la hija casadera de aquéllas, y de esta manera su nombre comenzaba a pronunciarse amablemente en la costa de Long Island.

Por otra parte, a pesar de su apostura ciclópea, de aquellos ojos pavorosos y sus fornidas manos de luchador, Kidd sabía ser amable con las damas y tratarlas con exquisita gentileza. Al fin y al cabo, había sido un hombre de mundo, y su frecuente trato con la más baja y sucia canalla de los mares no había alcanzado a desposeerlo de su viejo don de gentes.

Más de una vez, la sencilla mujer de un guardacostas, decía:

—¿Cómo pueden acusar de tantos desafueros a un hombre tan galante como el capitán Kidd? Evidentemente, lo han calumniado. El capitán Kidd es un caballero.

La hipocresía del astuto pirata llegó a ser tanta, que asistía con iluminado semblante a los oficios religiosos de las pequeñas capillas costeras, y rezaba con tan aparente contrición, que tocaba el corazón de las viejas beatas que le vigilaban de soslayo.

Siempre depositaba crecidas sumas en el cepillo de limosnas y los ingenuos sacerdotes bendecían la mano generosa de aquel hombre extraño, que regalaba patenas de oro o custodias incrustadas en brillantes.

En esta época de desconcierto y suspensión, ocurrió un hecho curiosísimo. Cerca de la costa de Long Island existía una isla pequeña y solitaria que llevaba el nombre de su dueño: Gardiner. Una mañana, el señor Gardiner vió aproximarse una chalupa al desembarcadero de su isla. Reconoció a Kidd, y acudió a recibirle con grandes ademanes de bienvenida que disimulaban su natural intranquilidad. Le invitó a visitar su casa, y luego, separados por dos altos vasos de la mejor ginebra, Kidd expuso los motivos de su visita:

—Señor Gardiner — díjole, con exquisita amabilidad—. Los informes que he recibido acerca de vuestra honestidad, me indican

que vos sois la persona indicada para que deposite en ella enteramente mi confianza.

El dueño de la isla permanecía a la expectativa. Se limitó a agradecer prudentemente la alabanza del pirata, y luego le preguntó de qué manera su honestidad podía servir a los intereses de Kidd. Éste prosiguió:

—Sabéis que después de pelear largamente a favor de la Corona, abordando con patente lícita barcos franceses y piratas, lucho ahora contra la incomprensión y la calumnia.

Gardiner declaró que, en efecto, conocía los problemas existentes entra Kidd y la autoridad local.

—Pues bien, mucho me temo que la mentira triunfe por el momento, y que la autoridad me despoje de riquezas que luego, cuando las cosas se aclaren y quede demostrada cabalmente mi honradez, será difícil y complicado reconquistar. Por eso he pensado en vos.

—¿En mí? ¿Y qué pretendéis de mí? ¿Que cuide de vuestras riquezas?

—Sí y no. Vuestra isla es propiedad privada, y vos sois la persona más honesta de Long Island. Yo solicito permiso para sepultar el resto de mis tesoros aquí. Es una transacción, que aunque desacostumbrada, es legal.

Gardiner no puso inconvenientes. AI contrario, estaba satisfecho. Había recibido al filibustero con cierta alarma y ahora respiraba con alivio.

—Comprenderéis, señor Gardiner, por qué elijo esta isla y no otro sitio cualquiera. ¡Hay tantas tierras públicas, lugares a los que llegarían fácilmente todos los aventureros que pretenden despojarme de estas riquezas que me pertenecen legítimamente! Desde luego, os recompensaré.

Gardiner dijo que no, que de ninguna manera, que no faltaba más, pero luego de un combate verbal de generosidades entre ambos hombres, aceptó la gruesa suma con que Kidd lo premiaba por la cesión, del terreno.

Al día siguiente, los hombres del “Quedagh Merchant” condujeron el resto del botín a la isla de Gardiner, y lo sepultaron en una profunda fosa cavada en un claro del monte central.

Era el único tesoro de Kidd, cuyo escondrijo era conocido de la

tripulación entera y de un extraño a ella: Gardiner.

* * *

Esta relación de la vida del filibustero la hizo Frasco Zarzales en distintas ocasiones, a veces con un intervalo de dos días con sus noches.

Diego Lucientes habíase conformado a aceptar su nueva situación de prisionero amistoso. Confiaba en que pronto terminaría aquel cómodo cautiverio, porque "Pañuelo Negro" constituía la obsesión de Carlos Lezama.

Iba Frasco Zarzales, al quinto día del encierro de Diego Lucientes, a continuar narrando la parte más interesante de la pintoresca vida del capitán Kidd, cuando un lento silbido procedente de la rampa de entrada al subterráneo, hizo que sus verdes ojos revelaran una repentina alarma, y poniéndose en pie, ondeó la mano al que quedaba al otro lado del rastrillo.

—Me llaman, Diego. Volveré cuando haya terminado lo que ahora me reclama.

En la entrada del subterráneo horadado en medio del temible lugar de las arenas movedizas, Gastón d´Arsonval, el tercer componente del extraño trío de los "Pañuelos Negros", dijo, simplemente:

—Acude al "Mesón del Viajero". Te interesa sobremanera ver lo que allí pasa.

CAPITULO IV

El petulante nebuloso

Mireya de Ferjus aguardaba anhelante la finalización de las maniobras con las cuales el galeón correo se acostaba al muelle del pequeño puerto enlace con la ciudad virreina de Latacunga.

Cuando precedido por un marinero que por generosa propina accedió a llevar el voluminoso equipaje del monigote, descendió por la pasarela Humberto de Ferjus, su propia madre no pudo reprimir un gesto de asombro.

Aquel atildado maniquí, de rostro maquillado, parecía brotar de un grabado de libro de modas, extremadamente remilgado. Las piernas enfundadas en medias de seda azul, los zapatos de alto tacón rojo, con lazos del mismo color, las calzas de seda gris perla, la casaca de rabioso color amarillo moteado por bordados malvas, la abundosa ola de encajes de mangas y coleto, la corta peluca blanca empolvada, el pomo de esencia colgando de collar y el bastón de puño cincelado en que se apoyaba el viajero, formaban un conjunto llamativo.

Pero mientras Humberto de Ferjus avanzaba al encuentro de su madre, ésta, olvidando su primera impresión, abalanzóse entre los brazos del petimetre.

Y la carroza conducida por Ambrosio Bustamante y Juan Pérez, procedió a subir la pendiente carretera hacia Latacunga.

En voz baja, Juanelo susurró en el pescante:

—¡Me pellizco y estoy en carne viva, “Pencas”!

—Yo también, Juanelo.

—Pero... ¿eso, qué es? Anda con arrumacos de vieja, mira a la gente como si le dieran náuseas... ¿Y viste cuando la señora le dijo que éramos los mejores al servicio del jefe y nosotros, por ella,

saludamos a fondo, la cara de asquito que puso el apestoso?

—Modera la lengua, Juanelo, que... hablas del hijo del jefe. Yo opino que apenas le eche el ojo encima el jefe, lo llevará a empellones hasta el fregadero, le lavará la cara y le arrancará esa cantidad de lazos, encajes, y cintajos. ¡Ah!—y suspiró el navarro. —¡Qué diferente es éste del otro! Porque Cheij es cabal y... En fin, también los gallos procrean gallinas.

Durante el trayecto, Mireya sólo tenía oídos para escuchar la relación que de aquellos dos años de ausencia le hacía su hijo, con brillantes descripciones de sus éxitos como violinista aristócrata en las principales cortes europeas.

No se había aun mencionado el nombre del Pirata Negro. Por fin, cuando ya se divisaban las casas de Latacunga y la carroza penetraba en el sendero que llevaba a la mansión del coronel Lezama, Mireya de Ferjus, cohibida, insinuó:

—T\I padre no vino a recibirte porque tenía que estar presente a una revista en el regimiento. Con franqueza, Humberto... Eres ya mayor y has madurado mucho. Sabrás, pues, comprender que fué por tu propio bien por lo que te dejé partir hacia Europa.

—Fuiste y serás para mí, una madre ejemplar.—Y por unos instantes la frialdad del estirado adolescente pareció fundirse. Sus ojos pensativos en el alargado rostro pintado, eran vividos y sinceros cuando besando la mejilla de su madre, murmuró, junto a su oído: —No temas, madre. Adivino tu preocupación y tu inquietud. Sé que mi apariencia no ha de gustar al conde Ferblanc.

—No lo llames tan ceremoniosamente. Es tu padre.

—Yo tengo mi carácter, si él tiene el suyo. Pero no temas, madre. Algún día, el propio león me admirará, y comprenderá que las apariencias engañan.

—¿No crees, Humberto, que serla preferible vistieras y te arreglaras con menos... elegancia?

—Tal como voy, sigo la última moda. ¿Y acaso el hombre ha de medirse por su aspecto? Soy un artista, madre, y formo mundo aparte de la mayoría. ¡Ahí... Hermoso edificio—dijo, asomándose por la ventanilla de la carroza—. Sabia mezcolanza de estilo criollo y viejo clasicismo español. Si me lo permites, madre, cuando lleguemos atenderé a mi equipaje, y a mi arreglo.

—Tu padre llegará dentro de media hora a lo sumo.

—No le haré esperar, aunque él me hizo esperar dos años para verte.

Y Mireya de Ferjus, continuó inquieta hasta la llegada de Carlos Lezama. Supo el Pirata Negro, leer toda la zozobra, de los ojos de su esposa.

En el salón, y acariciándole los cabellos, sonrió:

—No me gusta esa carita de nube, cariño. Estoy ya informado por los postillones de la carroza, del aspecto de Humberto. No me lo tomo a la tremenda. Además, es natural que durante cierto tiempo, las relaciones entre él y yo sean algo tirantes. Y ya llegará día en que congeniemos, ¡porque yo lo pondré todo por mi parte para que así sea! Y estimo preferible que en nuestra primera entrevista no estés presente. Tus, intervenciones podrían doler a tu hijo.

—Nuestro hijo, Carlos.

—De acuerdo, y por eso mismo nada debes temer. ¿Ese taconeo que se aproxima...? Déjanos a solas, Mireya. Será mejor.

Obedeció ella, y poco después, entraba en el salón Humberto de Ferjus, que se detuvo a tres pasos de su padre, inclinándose en profunda reverencia que era un dechado de afectación.

Enderezóse y contempló, serio el semblante, al Pirata Negro. Carlos Lezama, con sonrisa campechana, abrió los brazos:

—Creo mejor, hijo, fundir en un abrazo los rescoldos de un hiriente recuerdo por el cual te pido perdón.

Pero Humberto de Ferjus no se movió. Agitó con indolencia un pañuelo de encajes que acababa de extraer de su bocamanga.

—Quizá os extravía, señor conde, el recuerdo de mi sensibilidad de niño. He cambiado mucho. Toda mi sensibilidad se sacia en las cuerdas de mi violín. No soy, pues, propenso a aceptar vuestra fácil sentimentalidad superficial. Proclamabais que el hombre debe ser duro, y reacio a toda sensiblería. Teníais razón. Por eso mismo, no acepto un abrazo que vos por generosidad y por complacer a mi madre, me ofrecéis, y que yo rechazo, porque... os detesto.

Y el maquillaje no dejaba ver la palidez del muchacho. Carlos Lezama cruzó los brazos, sonriente.

—Gracias, hijo.

—¿Es una de tantas burlas piratas, señor conde?

—No, muchacho. Es que te prefiero sincero a hipócrita. Si hubieras aceptado mi abrazo detestándome, habría sido poco digno.

Pero, siéntate, hijo. Estás en tu hogar.

—Después de vos, señor conde.

Sentóse Lezama, y ante él, con ademanes afectados, lo hizo Humberto.

—¿Por qué me detestas, Humberto?

—Me llamasteis cobarde afeminado, me azotasteis diciéndome que os avergonzabais de ser mi padre. Si vos tenéis la memoria frágil, yo no.

—Mi carácter es violento, y reconozco que en aquella ocasión no supe comprender que era muy veraz tu ensimismamiento y que dedicado en total entrega a tus melodías, no oíste el ruido que acompañó al rapto de tu madre. Y para mí, Mireya es el violín de dulces melodías, que me ha proporcionado siempre una placidez feliz. Por tu cariño de hijo hacia ella, debes comprender que mi cariño de esposo me cegó.

—Vos pensáis que por evitarle una pena a mi madre, consentiré en olvidar vuestra actitud de entonces.

—Pienso que aun es pronto, hijo. Pero que con el tiempo, congeniaremos. Y eso es lo que colmará la dicha de tu madre.

—Abusáis de los calificativos familiares, señor conde. Os relevo de la sentimentalidad de repetirme constantemente que soy vuestro hijo.

—Bien, Humberto. No quiero importunarte.

—Muy paciente estáis. Por lo visto, el ser el coronel Lezama, os ha modificado aparentemente.

—Hablemos de otra cosa, ¿quieres? Eres el violinista aristócrata, y causarán expectación en Latacunga tus mágicas dotes de dominio sin par del difícil arte musical.

Aspiró Humberto el pomo de esencia colgante. Una leve sonrisa desdeñosa quebró la rigidez de su rostro empolvado.

—Yo no soy un burdo pirata de esos a los cuales tan fácilmente convence la labia del jefe, señor conde. Os relevo también de la obligación en que os creéis de halagarme como artista. Ni entendéis de arte, ni sois carácter propicio a esas excelsitudes.

—Posible, y por eso mismo, quiero aprender.

Señaló Humberto con agitar de su pañuelo las varias panoplias que decoraban los muros del salón.

—El único arte que entendéis es el de las armas. La violencia es

vuestra ley, y por eso quiero dejar bien claro que sigo odiando cuanto represente la ley del fuerte. El color de la sangre me sigue dando vértigos y no ceñiré espada. Si alguna compañía anhelo, es la de gente elegante y culta.

—En Latacunga la hallarás.

—Os repito que prefiero, ser tildado de cobarde, que temido por fiereza rudimentaria y primitiva.

—Un poco duro me resulta oírte, pero confío en que el tiempo nos hará mutuamente ceder en nuestra posición. Yo persisto en confesar que cuando la vida es lucha, no puede vencerse con arrullos de violín. Pero en los instantes de reposo, un hombre que como tú, tenga fibras artísticas, halla un gran consuelo.

—Pese a cuanto decís, y a lo hábil que sois, no podéis disimular que os molestaría que cundiera por Latacunga la voz de que el hijo del conde Ferblanc es un cobarde que se desmaya al ver sangre, y que ignora el manejo de la más sencilla de las armas.

—Eres duro contigo mismo, y no sé por qué.

—Cierto estoy que preferiríais tener por hijo a un bandido, que a un artista. ¿No os humillará que la gente vulgar se ría y haga aspavientos al verme?

—A mí, nada me humilla, porque... Escucha, Humberto, si estás tratando de irritarme, no lo conseguirás.

—Reconoced que preferís a Cheij, el antiguo bandido, el chacal... El redivivo reflejo de vuestra juventud.

Frunció Lezama el entrecejo.

—Es poco noble lo que acabas de decir, Humberto. Ya tu madre te anunció la triste historia de Cheij, tu hermano.

—Deploro que no veáis la necedad de hacerme constar que Cheij es mi hermano y vos mi padre. Las palabras no califican, señor conde. Si el azar ha convertido en hermano mío, a un fugado de presidio, un criminal que...

—¡Alto, Humberto!—atajó, duramente, Lezama—. Deseo paz y concordia. No quiero pensar que hayas venido con el deliberado propósito de crear rencillas.

—¿Pensáis azotarme de nuevo?

—¡Pienso...!—Y dominándose, añadió Lezama: —Pienso rogarte que procures no hacerte voluntariamente antipático. Tanto Cheij como Gabriela, como yo, y cuantos me quieren, deseamos serte

gratos.

—No por mí, sino por mi madre, señor conde.

Agitó Lezama una campanilla, y apareció Ambrosio Bustamante.

—Avisa a los señoritos que pueden venir, Ambrosio.

Al marcharse el navarro revestido de librea, comentó Humberto;

—Observo que habéis refinado el ambiente, señor conde. Antes llamabais a silbidos a vuestros secuaces.

—Tate... ¿Te has propuesto calentarme los cascos?

—Os prefiero tal como sois. Brutal, vulgar y violento.

—Algo es algo... Por ahora una barrera nos separa, impuesta por ti, ya que es natural estés resentido.

—En mis espaldas, para siempre marcados han quedado los surcos de látigo con el cual me azotasteis llamándome insistentemente cobarde. Veis que soy sincero. Sedlo, y decidme que opinión os merezco. Con claridad y sin buscar atenuantes,



—¿Qué entiendes por gente vulgar?

porque las opiniones de la gente vulgar no me ofenden. Resbalan sobre mí.

—¿Qué entiendes por gente vulgar?

—La corriente, que no sabe comprender la complicada

mentalidad de un artista.

—Si tu complicada mentalidad te da ese aspecto de petulante nebuloso yo soy un hombre vulgar, que con claridad te manifiesta que te preferiría menos artista y más vulgar. El día en que tú mismo me des autoridad de padre, te rogaré te laves el rostro, te quites esa peluca y no aparentes ser un viejo precoz. Eres casi un niño Humberto… y tus palabras son excesivamente rebuscadas. Por ahora, tal como eres, la casa te da la bienvenida. Y… aquí tienes a Cheij Lezama, tu hermano.

Cheij avanzó sonriente, tendida la diestra.

—Hola, Humberto. ¿No resulta gracioso que cuando nos vimos por escasos minutos allá en los bosques de Civry[4], estuvimos a punto de pelear? ¡Y éramos hermanos!

Rozó apenas Humberto la diestra de Cheij. Y dijo, fríamente:

—Recuerdo que entonces me llamaseis “damiselo”. Y me obligasteis a huir, amenazándome azotar mis espaldas con vuestra desnuda espada. Llamé a mis lacayos y ellos huyeron al veros. Erais la fiera suelta, el chacal que rondaba los bosques. Os debí parecer el prototipo del más perfecto cobarde, ¿no?

Perplejo, Cheij, inició un gesto de protesta, pero no habló, porque ya Lezama decía:

—Bien… Os conocéis ya. Puedes irte, Cheij. Ya llamaré a Gabriela.

Salió Cheij conteniendo sus deseos do reprochar al que era su hermano, el rencor del recibimiento.

El Pirata Negro miró con poca simpatía a Humberto.

—Tenéis empeño, por lo visto, en recalcar la cobardía de que hacéis gala. Y también tesón en que cuantos os vean dispuestos a cordialidades os reputen antipático.

—Quizá, señor conde, si habéis logrado domesticar al chacal, os resulte humillante comprobar que conmigo nada lograréis… por la fuerza.

—¿Qué fuerza empleo? ¿No estoy tratando de ser comprensivo? Procuradlo vos, señor marqués, y os doy el título, ya que tanto afán demostráis por recordarme que heredé un condado en pergamino. Atended ahora, señor marqués. En Europa supongo os habrán enseñado que todo caballero y más aun si por añadidura es un artista con título nobiliario, es galante con las damas.

—Enseñanza a la cual no falto, señor conde.

—Entonces, procurad ser cortés con Gabriela, la hija de mi mejor amigo.

—Por cierto, ¿cómo no ha aparecido el caballero Lucientes, que a espaldas mías me definió como un botarate pedante?

—Sólo hacéis mención de palabras dichas sin ofensa. Diego Lucientes lleva unos días ausente. Regresará.

—Dice mi madre que la boda entre vuestro hijo y Gabriela se pospone hasta que vos sepáis quién es un bandido que en dos apariciones ha logrado fama de valiente y gran espadachín. Parece ser que dicho bandido os molesta. Yo creí que admirabais a los que, como vos, se burlan de leyes y pelean hábilmente.

—Los admiro.

—¿Seguramente entonces admiraréis más a “Pañuelo Negro” que a un violinista excepcional?

—Son dos artes distintos — sonrió Lezama—; En fin, tratad de ser al menos simpático a Gabriela.

—Eso deseo.

Entró Gabriela Lucientes, la cual, sin gran amenidad, fijó sus esplendorosos ojos azules en el atildado petimetre.

—Bienvenido, Humberto. No tuve ocasión de saludarte allá en Francia.

Esta vez, la ceremoniosa inclinación de Humberto de Ferjus y su gesto al besar la diestra de Gabriela, poseían cierto aire viril.

—Lamento el haberte conocido tan tarde, Gaby.—Y sonrió abiertamente por vez primera, el muchacho—. Me hubiera gustado que cultiváramos una buena amistad. Tengo entendido que tus dedos saben crear encantadoras melodías en el clavicordio. Durante mi estancia aquí, ¿tendrías inconveniente en acompañarme en mis ejercicios? Mi maestro de música está ausente, y te agradecería tu ayuda.

Sorprendido, el Pirata Negro miró a su segundo hijo. Le pareció transformado, pese al maquillaje y el vistoso atuendo.

Gabriela Lucientes, asintió riendo:

—Soy muy torpe, Humberto, y tú eres un famoso artista.

—Cierto es que mereces tu fama de generosa y buena, Gaby. Espero y anhelo vivamente que seamos sinceros amigos. Permíteme besar de nueva tus lindos dedos, y no quiero retenerte más. El

afortunado mortal que ha de casarse contigo debe estar esperándote con una impaciencia muy envidiable. A tus pies, Gaby.

Marchóse ella. La única persona que hasta entonces sacó la impresión do que el "elegantísimo artista famoso" era simpático.

El Pirata Negro, murmuró:

—Al menos, has heredado una fácil cortesía espontánea ante las damas, Humberto.

—Ella es distinta... Es artista, un alma gemela. Y aunque tenga varios años más que yo, nos une la igualdad de afición. Pero cambiemos el tema, señor conde. Debo hacer constar que con frecuencia me ausentaré, por indefinidos lapsos. Necesito soledad cuando me invade el deseo de aislarme en el recóndito refugio de mi música.

—Lo comprendo. Y por entero libre eres de tu tiempo, y harás lo que quieras. Pero, escúchame, y admíteme una franqueza. ¿Por qué si has sido por unos instantes tan humano con Gabriela, has de encerrarte de nuevo tras la rigidez de un semblante impropio de tus años?

—Os confesaré algo que todo el mundo ignora. Al abandonar Gaby el castillo de Civry, quedó en él un cuadro de ella, pintado por un pobre artista que murió misteriosamente. La justicia atribuyó el crimen de que fué víctima el pintor, a vuestro hijo, el chacal...

—Error en la justicia y en vos insidia que no recojo. Ya vuestra madre os relató en una de sus cartas la verdad de lo sucedido.

—Continúo, ya que no me interesa este punto. Yo adquirí el cuadro. El pintor supo reflejar toda la espiritualidad de los radiantes pedazos de cielo que abarcan los párpados de Gaby, y la fragante delicadeza de sus manos, al igual que las tonalidades sonrosadas de sus cabellos. Y desde entonces, en mi equipaje, la pieza que con mis violines es objeto de mayores cuidados, es el cuadro que representa a Gabriela Lucientes.

El Pirata Negro parpadeó en inesperado estupor.

Levantóse Humberto.

—Resumiendo. Quizá es conveniente que sepáis que amo espiritualmente a la musa que acaba de tomar forma corpórea ante mí, y a la cual debo la inspiración de muchas de mis composiciones.

—Resumiendo. Quizá es conveniente que sepas que harás muy bien en conservar para ti este secreto. Que siga el cuadro

inspirándote. Pero... nada más. Gabriela será la esposa de Cheij.

Una ambigua sonrisa indefinible dibujóse en los pintados labios de "Pañuelo Negro".

—Creo, señor conde, que ya sabemos los dos a qué atenernos. Os soy antipático, y lo celebro. Estoy aquí porque me lo suplicasteis, y porque mi madre me proporciona un cariño que preciso. Pero no quiero ni la simpatía ni el afecto de nadie más... salva de Gaby. Quedo vuestro agradecido huésped, señor conde.

Y repitió Humberto su afectada reverencia, marchándose con taconeo de bailarín.

El Pirata Negro mordióse el puño derecho. Era evidente que la ausencia había aumentado el abismo que separaba a ambos. Y era más evidente aunque Humberto de Ferjus gozaba provocándole.

Pero de cuanto habían hablado, sólo algo inquietaba reciamente a Carlos Lezama. ¿Iba a ser Gabriela Lucientes el inconsciente motivo de trágica querella entre dos hermanos?

Había jurado que la boda quedaría aplazada hasta desenmascarar a "Pañuelo Negro". Era, pues, urgente dar con el paradero del misterioso perseguido.

Fué al mediodía, cuando Lucio Agudo apareció jadeante y sudoroso, desmontando de un caballo.

—¡Señor! — clamó, apenas vióse frente a Lezama—. Me envía don Marcelo para que os diga que dió con la pista de "Pañuelo Negro". Os aguarda escondido, en los alrededores del "Mesón del Viajero".

CAPITULO V

El fantasma

Frasco Zarzales montó a caballo, y en réplica a la indicación que acababa de hacerle Gastón d´Arsonval, inquirió:

—¿El conde Ferblanc?

—Más interesante aún. Hay fantasmas.

Rió alegremente Frasco Zarzales ante la seriedad del tono con que el belga acababa de anunciar algo tan disparatado.

—No te rías, joven descreído—afirmó el belga solemnemente— Este subterráneo fué visitado por el capitán Kidd.

—Bien, ¿y qué?

—¡El fantasma del capitán Kidd vuelve aquí!

—Estás divagando.

—¡No! Bien conoces el final de su historia. ¡Su espectro viaja por los lugares donde enterró sus tesoros! Y es el fantasma del capitán Kidd el que está en el "Mesón del Viajero"!

—Bah... —sonrió Zarzales—. Sevillano soy, pero me río de apariciones. Si ha de tranquilizarte, yo voy a enterarme de qué demonios hace un viajero en nuestro mesón,

Cuando Zarzales desapareció, d´Arsonval, dirigiéndose a Lucientes, siguió el hilo de los acontecimientos en el punto en que se había interrumpido Frasco.

* * *

Cuando Kidd consideró que su prestigio estaba poco menos que asegurado, cuando creyó que la traición había sido olvidada y el fraude perdonado, cobró ánimos y abandonó Long Island en su chalupa. No se atrevió, empero, a desembarcar exactamente en Nueva York, y buscó un puerto intermedio. Fondeó en Boston.

Kidd vistió sus mejores ropas y con el pulcro y reposado aspecto

del más digno capitán de marina mercante que jamás hubiera nacido en América, solicitó y obtuvo entrevistas con personajes influyentes.

Estos recibieron al filibustero en parte fascinados por su prestigio de multimillonario, y en parte, atemorizados por las siniestras historias que de él se referían, pero no se atrevían a sacar las castañas del fuego y procedieron con el capitán Kidd evasivamente.

Kidd supo ganarse la simpatía de sus probables jueces merced a su habitual generosidad y a la astucia con que elegía sus regalos: un tonel de whisky para éste, una tabaquera de diamantes para aquél, pendientes para la esposa de otro, una sortija para la hija predilecta de otro...

Quien le escuchaba una vez era hombre perdido: las maneras de Kidd, su aspecto pulcro, a pesar de su corpulencia, sus palabras siempre interesantes, el contenido aparentemente cristiano de su espíritu, le granjeaban la admiración de aquellos altos círculos sociales, y la aristocracia de Boston comenzó a creer, como las gentes de Long Island, que se estaba cometiendo una injusticia bárbara con aquel esforzado patriota.

A la sazón, una delegación de caballeros bostonianos trasladóse a Nueva York para defender ante Bellomont la causa de aquel dulce y mansamente vigoroso capitán Kidd. Pero encontraron al gobernador de Nueva York obstinadamente irreductible y enérgico, dispuesto a encarcelarlo primero y a darle muerte después.

Lejos estaba Kidd de sospechar que un espantoso tornado se cernía sobre su suerte. No sólo suponía que sus influyentes amigos de Boston convencerían a Bellomont, sino que planeaba una expedición a la milagrosa y pequeña isla de Bimini, allí donde la superstición creía que podía encontrarse la fuente de la juventud. Había recobrado el optimismo y paseaba por las calles de Boston, saludando con ademanes afectuosos a los transeúntes que le contemplaban con agrado.

Esta credulidad del villano en la villanía de los demás fué la que perdió a Kidd. Cuando fué detenido, una ola de estupor conmovió a los ya fascinados habitantes de Boston. Departía Kidd en una taberna de la costa, cuando ocho soldados, le rodearon amenazadores, manifestando el oficial que los mandaba que se

rindiera.

El filibustero dejó sobre la mesa el ancho vaso de ron que estaba bebiendo, enjugóse prolijamente la boca con un pañuelo, arrojó sobre la tabla varias monedas de oro, y dijo:

—Amigos: me sería muy fácil resistirme y arrojar por la ventana a estos hombres. Pero ellos no tienen la culpa de los errores ajenos, y, por otra parte, soy él más respetuoso devoto de la justicia, se encuentre equivocada o no. Conocéis de qué manera se me calumnia, y qué tranquila está mi conciencia. Tabernero, aquí tienes para pagar la copa a cuantos quieran beber y brindar por mi libertad. Hasta mañana, pues.

Pero Kidd no regresó. Al principio recorría tranquilamente la celda, hasta tarareaba una vieja canción de pirata.

Los días pasaron, y entonces los paseos de Kidd hicieronse más excitados y la bonita canción de Mariana ya ni resonó en sus labios. Tenía la exacta apariencia de un animal enjaulado; cuando el carcelero le traía su pitanza, el mendrugo y el cántaro de agua Kidd lo asediaba a preguntas interminables que revelaban el grado de su ansiedad. Intentó sobornar a su carcelero con la promesa de entregarle dinero y joyas.

—¿Qué dinero?—preguntóle el carcelero, burlonamente—. ¿Qué joyas?

—¡Mira qué preguntas me haces!! Tú sabes qué tengo grandes riquezas

—Las tenías, Kidd. La autoridad ha requisado tu casa y quitó de ella cuanto trajiste y no te pertenecía.

Kidd palideció. Luego... ¿hasta tales extremos llegaba su infortunio? No se trataba, pues, de una simple pasajera detención, motivada por cualquier denuncia, sino de un encarcelamiento que acaso fuera el definitivo, el final. Se rehizo, encerró entre sus musculosas manos los barrotes de ventanillo, y murmuró:

—Está bien, carcelero. Me habrán quitado esas presas, pero tú sabrás que enterré muchos tesoros y en sitios muy distintos, y podré decirte dónde si accedes a favorecerme.

Su interlocutor era persona de cabeza sólida, poco dado a especulaciones. Y, además, le habían advertido que cuantas referencias hiciera Kidd a sus tesoros eran pura fantasía.

Por eso rió groseramente.

—¿Así, que me dirás dónde escondiste tus cofres, Kidd?
—Sí, y sólo lo sabrás tú.
—¡Pues llegas tarde, hermano!
—¿Cómo, que llego tarde?.. ¿Qué quieres decir?
—Que todo Boston, todo Long Island y probablemente toda la costa de Cape Cod, ya sabe que sepultaste tus lindas chucherías en la isla de Gardiner. Gardiner ha hablado, y en estos momentos los soldados cavan la isla para desenterrar tus tesoros. ¡Por eso te dije que llegaste tarde, capitán Kidd!
—Pero otros poseo en muchos...
—¡A otro con el cuento! ¡A los jueces!...
Marchóse el carcelero, y Kidd, desalentado, se dejó caer en el camastro de la celda. Aquel golpe era demasiado fuerte, y despedazaba su viejo e inconmovible optimismo de pillo afortunado, al que todo le sale bien. Pero al rato ya había resurgido de su desesperación, y allí estaba golpeando la puerta del calabozo.
Acudieron corriendo.
—¿Qué son esos golpes? ¿Por qué escandalizas así? Vas a probar el látigo de nueve colas si te pones pesado.
—¡Necesito cursar una carta! ¡Dadme recado de escribir!
Kidd escribió la carta. Era un largo y tentador mensaje dirigido a sir George Bellomont, en el que renovaba sus protestas de patriotismo y hablaba de fabulosas riquezas escondidas, con el propósito evidente de excitar la ambición, hasta cierto punto lógica y respetable, del gobernador.
La respuesta de Bellomont llegó, y no dirigida al pirata, sino a sus jueces inmediatos. Una respuesta como una puñalada. El capitán Robert Kidd, ex jefe de la policía marítima, con patente de corso, debía presentarse ante el tribunal acusado de traición, fraude, estafa, violación de la ley marítima y homicidio, en la persona del condestable William Moore.
El juicio de Kidd fue breve, azaroso y espectacular. Ningún magistrado atrevióse a defenderlo, y el mismo pirata hubo de encargarse de levantar los cargos que le abrumaban. La sala donde se ventilaba el caso era diariamente invadida por la multitud frenética y a menudo fanática, que ovacionaba al filibustero y mostraba sus puños a los encargados de la acusación.
Se promovían desórdenes extraordinarios, sobre todo cuando

hablaba Kidd. El pirata sabía que se estaba jugando la vida en aquella emergencia, y hablaba con una elocuencia admirable, imponiendo con su arrogante talla y la amenazadora desenvoltura de sus modales.

Su voz resonaba amplia y estaba cargada de admoniciones dirigidas contra “aquellos miserables despechados que hacían un arma de la calumnia y un recurso de la malignidad”.

En una de las sesiones llegó a decir, con grandes visajes:

—Hasta ahora fui como la luna, que oye ladrar a los perros, y contemplé con indiferente tolerancia a todo este ejército de mezquinos canallas chismosos que trata de comprometerme y perderme. Pero desde ahora en adelante no habrá para ellos compasión, y cuando la justicia me absuelva me vengaré de ellos, dentro de la ley, eso sí, porque la ley siempre fué mi guía, ¡pero me vengaré!

Otra vez exclamó:

—¿Queréis saber quién soy yo, jueces? Preguntad a lo largo de las costas de Long Island, en los más refinados hogares de Boston y en las capillas de Manchester, de Portland, de Nueva Haven, de Providencia y de Delaware. Ellos me han visto sirviendo a las autoridades respetuosamente, o llevando la imagen en las procesiones de San Patricio. ¡Soy un inglés, un cristiano y un patriota!

Estos discursos, dichos con voz retumbante y poderosa, y aderezados con gesticulaciones y grandes puñetazos sobre la tabla, causaban un efecto enorme en las gentes sencillas que admiraban a Kidd y las entregaban a un paroxismo de entusiasmo.

La autoridad de Boston comenzó a preocuparse y a temer por el escándalo que se desataría cuando el tribunal fallase contra Kidd, condenándolo a muerte.

Consultado el firmísimo e irreductible Bellomont, éste manifestó que los arrebatos del populacho no podían intimidar la ecuanimidad de los magistrados y que la justicia debía seguir su marcha. Pero un hecho significativo y casi trágico vino a dividir las opiniones del populacho, hasta entonces favorables a Kidd.

En una de las sesiones, la acusación acumulaba pruebas contra Kidd, pruebas referentes al asesinato de William Moore. De pronto, un joven pálido y de cabellos desordenados abandonó el grueso del

público, y en cuatro saltos ágiles llegó hasta el banquillo de Kidd. Era un hijo de Moore, y en su mano derecha brillaba una navaja.

—¡Asesino de mi padre!...—rugió el muchacho.

Pronto una cortina roja cubría el rostro de Kidd. Un feroz tajo manaba sangre a borbotones desde la oreja hasta la frente. Rugiendo de dolor y de cólera, el filibustero levantó ambos puños y los dejó caer sobre el hijo de Moore, machacándole literalmente.

El escándalo fué indescriptible. Unos pusiéronse de parte de Kidd, mientras otros defendieron la causa del hijo del condestable, combatiendo a puñetazos, hasta que brillaron los cuchillos y atronó el local el estampido de varias pistolas.

—¡Escapa, Kidd!—gritaban algunos exaltados, entre golpe y golpe—. ¡Nosotros cubriremos tu retirada! ¡Escapa, Kidd!...

Quiso Kidd aprovechar la confusión y abrirse paso entre el público delirante y la guardia que intentaba reducirlo.

Con fuerza descomunal quitábase de encima a quienes entorpecían su escapatoria. Ahora, lívido y ensangrentado, con las ropas deshechas y sus gruesos puños cayendo a diestro y siniestro, parecía un dios bárbaro, una violenta encarnación del terror.

Luego, recibió un estacazo en la sien derecha, y cayó desvanecido. Cuando recobró el conocimiento, estaba en el camastro de su celda, con grillos en las piernas y las manos encadenadas a la espalda. La cabeza le dolía horriblemente, y atroces puntadas ardían en la herida abierta por el hijo de William Moore.

El escándalo ocurrido en la sala del tribunal no había causado muertos pero sí varias decenas de heridos y contusos. Sir George Bellomont fue consultado nuevamente, y entonces llegóse a una solución intermedia: Kidd sería secretamente embarcado hacia Inglaterra y su juicio terminaría en Londres, donde el corsario no contaba con la protección de la plebe exasperada y fanática.

En vano pidió Kidd que lo enfrentaran con el gobernador, de Nueva York. Inútiles fueron las tentativas de su esposa para llegar hasta Bellomont y solicitar piedad para con el filibustero.

Los magistrados superiores reconocían que el caso de Kidd era “cosa de Bellomont”, que le pertenecía de hecho y derecho, y que nadie podía encargarse del pirata con más autoridad que él.

El gobernador de Nueva York ni quiso recibir a Kidd ni a la

esposa di éste, y envió un comunicado a la Corona, en el que detallaba minuciosamente el proceso y exigía la mayor severidad para con el acusado.

El capitán Kidd, amarrado hasta los codos y vigilado hasta la exageración fué embarcado de noche rumbo a Inglaterra. Se rodeó su partida del mayor secreto posible, porque las autoridades temían el estallido popular.

No andaban descaminadas, por cuanto los tres hijos de Kidd conocieron la noticia en el último momento, y la hicieron correr con la mayor velocidad posible. Y todavía se divisaba frente a las casas de Massachusetts la corbeta que conducía engrillado y aplastado al pirata, cuando una horda que llevaba garrotes y antorchas penetró dando alaridos de furor en el puerto de la ciudad.

Libróse una batalla campal entre soldados y pueblo, al cabo de la cual quedaron escarmentados para siempre los crédulos defensores del indefendible capitán Kidd.

En Londres, Kidd fué recibido con cierta curiosidad, no exenta de admiración. Pero su historia no había adquirido en Gran Bretaña la dimensión que poseía en tierras de Norteamérica.

A ninguno se le ocurrió defenderlo, y cuando Kidd insistió con sus vigorosos y pintorescos discursos, nadie sintióse arrebatado por su elocuencia, demasiado estridente para complacer al flemático pueblo británico.

La corbeta había conducido también a varios magistrados de Boston y todas las hojas del voluminoso infolio del proceso. Éste prosiguióse en Londres, serenamente, con imparcialidad y sin tumultos.

Cuando Kidd comprendió que estaba perdido, adoptó una postura fanfarrona, insólita en un hombre cuya vida estaba medida y censurada. Continuó manifestando que era inocente, que había servido a la Corona y que la malignidad ajena lo había hecho víctima de maquinaciones vergonzosas.

La acusación insistió especialmente en la muerte violenta de William Moore el condestable británico. El pirata fué condenado a muerte.

Cuando le leyeron la sentencia, no se movió un solo músculo de su cara; suspiró, y dijo:

—Maté a Moore porque quería obligarme a atacar a un buque de

bandera Inglesa. Luego, hay que deducir que este acto honesto por mí realizado es el que me asesta el golpe de gracia. Mal se administra la justicia en Inglaterra. Verdaderamente, esto me induce a pensar que es preferible morir.

Le condenaron, con las solemnes frases de ritual, a morir ahorcado. Kidd, al saberlo, dijo:

—¿Ahorcado? ¿Es que también deberé sufrir esta indecorosa humillación?

Para comprender las palabras del pirata, es preciso conocer la diferencia social que existía entre la decapitación y el ahorcamiento. Por un sentido espiritual absurdo se consideraba la horca como la pena de muerte más afrentosa.

Cuando un hombre de estado noble hacíase acreedor de muerte a manos de la justicia, se le decapitaba o se le aplicaba el garrote, según las épocas.

Esto que podríamos calificar de superstición jurídica, estaba trastocado en China, donde se decapitaba a los simples ciudadanos y se ahorcaba a los nobles. En Inglaterra no era así, hasta el punto de que a menudo algún individuo blasonaba de nobleza recordando a su auditorio que tal o cual de sus antecesores había sido decapitado.

Kidd era un canalla, pero no un cobarde. Subió al cadalso con una serenidad desconcertante, y él mismo ayudó al verdugo tendiendo el cuello para que su cabeza penetrara en el lazo.

Frente a una concurrencia extraordinaria, murió el más famoso de los filibusteros. Larga fué su agonía, y su cuerpo gigantesco, que pendía de la horca como una fruta obscura y enorme, padeció violentas sacudidas durante un tiempo muy superior al lapso normal. En una de ellas, y ya dentro de los estertores, rompió las cuerdas que sujetaban sus manos a la espalda.

Pero apenas esas manos, todavía tan poderosas, quedaron libres, yacían a los costados, oscilantes y agarrotadas. El capitán Kidd acababa de morir.

Su cadáver, cubierto de cadenas, fué colgado a la orilla del Támesis, y durante un año, el enorme esqueleto, cubierto por pedazos de tela desgarrada, se balanceó con sordo rechinar de herrajes, cada vez que el viento cargaba contra él.

Aquel péndulo macabro, cuyos huesos terminaron por

desprenderse uno tras otro, era una advertencia dirigida a los marinos desaprensivos, a quienes llevaron dentro de su ánimo el deseo de lanzarse a la vida aventurera de las hienas del mar.



El capitán Kidd acababa de morir...

* * *

En este punto, Diego Lucientes interrumpió a D´Arsonval:

—¡Repámpanos!... Vos habéis detallado demasiado la muerte de Kidd... Por lo tanto, ¿cómo podéis decir que habéis visito al capitán Kidd en el mesón?

—¡Era él! ¡Su fantasma! Sabed que, después de haber sido ejecutado, circuló un rumor según el cual Kidd vivía aún, y esperaba una oportunidad propicia para hacerse a la mar y resucitar sus andanzas. Y la gente decía: "¡No ha muerto! ¿Crees tú que los capitalistas de Londres se hubieran resignado a perder su parte del botín escondido, así como así? Está claro. Han fingido la ejecución para que Bellomont no se enfurezca o para convencer al pueblo de que la justicia es insobornable. Colgaron a un bandido cualquiera. ¡Pero Kidd está en libertad!... El esqueleto mugriento que oscila

colgado sobre el Támesis, y sobre cuyos hombros se detienen los cuervos, es el de otro hombre…”.

Diego Lucientes miró a través del rastrillo el rostro de Gastón d ´Arsonval.

—Entonces, si el que ahorcaron no era Kidd, ¿por qué temer a su fantasma?

—¡Porque yo, con mis propias ojos, he visto en Londres retorcerse al pirata entre las convulsiones de la agonía! ¡Y también acabo de ver al mismo hombre en el mesón!

CAPÍTULO VI

El espíritu

Y Gastón d´Arsonval ahuecó la voz para decir inesperadamente:

—¿Os gustan las musicales notas quejumbrosas de un violín que gime bajo los expertos dedos de un maestro artista?

—¿Y a vos os gusta escalofriar a la gente?

—Mi pregunta no es inadecuada. Yo quisiera que vos, al igual que yo, hubierais podido oír una composición que un célebre artista interpretó en Londres, recogiendo como tema la canción que en las tabernas del puerto se entonaba. El artista compuso una música que era como el susurro de un viento helado cortado a trechos por el chirriar de dientes de una bruja colérica. La letra de la canción era inspiradora, y el violinista, como preludio, imitaba perfectamente con las cuerdas sonidos semejantes a broncas carcajadas de una tripulación de energúmenos, acalladas de pronto por el torvo aletear de la bandera negra de la calavera, que se agitaba siniestramente, amarrada al palo mayor de un buque fantasma...

—Sois un encanto, d´Arsonval, para dar ánimos, pero ya que el miedo es saludable a pequeñas dosis, decidme cuál era la letra de la canción.

Ahuecó la voz el belga, para entre dientes entonar, con su característico redoble, de “erres”:

“Si te dicen que ha muerto, no lo creas.
Tú le viste morir?
Esos huesos que penden y que crujen,
¿son los huesos de Kidd?
Mira que yo sé que son otros,
otros los huesos, sí.

Al amparo de un puerto sigiloso,
ya se prepara Kidd.
En una noche obscura y tormentosa
Le veremos partir.
Han golpeado a la puerta.
Y ya no hay duda...
¡Regresa Robert Kidd!”

Y el belga, al cesar de murmurar la canción, añadió:

—Y Robert Kidd ha regresado. ¡Su espíritu! Por suerte, Frasco Zarzales no teme a los fantasmas.

* * *

Andrés Cañizares, el mesonero, habíase quedado sin servidumbre y sin clientes, desde que unos viajeros, extraviándose en la noche, habían sucumbido entre horribles gritos de agonía en los cercanos parajes de las arenas movedizas.

Y vegetaba, cultivando los huertos que circundaban el mesón, cuando la llegada de dos viajeros misteriosos le proporcionó, a la par que pingües ganancias, motivo para dormir inquieto.

Porque para él estaba fuera de toda duda que aquellos dos viajeros que ausentábanse con frecuencia de su mesón, estaban relacionados con “Pañuelo Negro” o acaso uno de ellos lo era.

Pero por su propia conveniencia había jurado, y cumpliría el juramento, que nada diría a nadie sobre las idas y venidas de sus huéspedes únicos.

Por eso cuando, estando presente uno de ellos, Gastón d´Arsonval, penetró en la sala del mesón, donde crepitaba un generoso fuego de leños, un coloso de flotante capa inglesa, con esclavinas que aumentaban aún más la anchura natural de las espaldas del desconocido, Andrés Cañizares no se intranquilizó, ya que confiaba en el belga para resolver las incidencias que pudieran surgir.

Pero al sentarse el desconocido junto al fuego, después de un vago saludo emitido con cavernosa voz, Andrés Cañizares tembló al ver que Gastón d´Arsonval, más que salir, corría al exterior del mesón, oyéndose prontamente el galope de su caballo decrecer...

Y el recién llegado, abriendo su capa, entrechocó las poderosas

manos, amplias, en sonora palmada.

—¿Quién sirve acá?..—gruñó, con acento inconfundiblemente inglés.

—Yo, excelencia...—baló Cañizares, acercándose.

—Trae, pues, tu mejor ron, y unas lonchas de cerdo ahumado. ¡Peste!... Bien se está junto a tu chimenea, posadero. ¿Cuál es tu nombre?

—Andrés Cañizares, para serviros, excelencia.

—¿Me conoces?

Y el viajero, girando levemente el cuello vigoroso, echóse hacia atrás el tricornio marinero.

Andrés Cañizares nunca había visto al capitán Kidd, ni efigie suya. Por esto, sin pavor, replicó, modosamente:

—Nunca tuve el honor de veros antes de ahora, excelencia.

—Mejor. Trae el ron y el cerdo ahumado.

Alejóse presuroso el mesonero, y el inglés frotóse las manos, tendiéndolas hacia el fuego, abiertas las recias piernas.

—No te apartes—dijo, cuando Cañizares depositó en la mesa el manjar y la bebida solicitados—. Te pagaré bien, si me contestas claramente.

—Preguntad, excelencia—dijo el mesonero, íntimamente asustado.

¿Sería aquel hombre algún hércules valiente lanzado tras la pista de “Pañuelo Negro”? Y el mesonero decidió ser cauto, porque para los cómplices o encubridores de “Pañuelo Negro” estaba decretada la misma pena que para el bandido: descuartizamiento.

—En muchas leguas a la redonda no hay posada. Me han dicho en Latacunga que tu mesón no tiene lacayos ni clientes.

—Así es. Mal me fueron las cosas.

—¿Quién era, pues, ese caballero que, al verme, abandonó la sala y se marchó?

—Un viajero de paso. Acude a intervalos de días a reponer sus fuerzas, excelencia.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre.

—Desde tu mesón se distingue la llanura ancha de las arenas movedizas.

—Estas malditas arenas tuvieron la culpa de mi ruina,

excelencia. Unos viajeros se extraviaron de noche por ellas y perecieron. Desde entonces nadie acude, por temor.

—No debe, pues, tener temor este viajero que ha poco abandonó este fuego. Dime: ¿no hay paso para atravesar las arenas?

—Nadie lo osa, excelencia.

—Bien; por el instante, pareces contestar con claridad. He efectuado un largo viaje, y estoy cansado. Dormitaré aquí mismo... Puedes irte, pero permanece al alcance de mi voz.

—Mandad, excelencia.

El extranjero tendió las piernas, y poco después roncaba. Lo cual no obstó para que sus ronquidos cesaran instantáneamente y sus anchas manos, apoyadas en el cinto, se crisparan alrededor de las culatas, cuando alguien entró en la sala del mesón.

Frasco Zarzales, felino y elástico, vino a sentarse junto a la otra mesa, ante el fuego.

—Buenas noches, caballero—saludó, cortésmente.

El inglés replicó con una cabezada.

—Trae vino, mesonero—pidió Zarzales—, Hidromiel.

El inglés contempló los destellos que las llamas arrancaban al arete de oro colgante de la oreja izquierda del exótico aventurero.

—Perdonad, caballero. ¿Sois por casualidad hombre de mar?

—Lo fui, aunque abandoné la profesión. Soy español y mi nombre es Frasco Zarzales.

—Julius King—presentóse el inglés. —De Dover.

—Borrascosa está la tarde al declinar, ¿no os parece, Mr. King? Casi diría yo que lúgubre...

Los sagaces ojos del inglés habían sabido captar la vigilante actitud de la diestra de Zarzales, cercana a la culata de la pistola que sobresalía de la ancha faja roja.

—¿Tenéis inconveniente en que sea vuestro compañero de mesa? Yo también soy marino.

—De buen grado converso con vos, Mi King. La borrasca, este fuego que crepita, vuestro aspecto y el semblante lejano, y medroso del posadero, me recuerdan estancias mías en parecidos ambientes, aunque en muye lejana ciudad.

—¿Dónde, si no es impertinencia?

—Londres.

Los sagaces ojos del inglés brillaron siniestros. Sus dos manos

aparecían enlazadas sobre la mesa, porque al igual estaban las de Zarzales. Mas, al oir la respuesta, crispáronse, resaltando repentinamente la blancura de los nudillos.

—¿Conocéis, pues, Londres?—inquirió el supuesto King. Su voz no denotaba la menor alteración.

—Lo bastante para recordarla como ciudad melancólica... Nosotros, los meridionales, concedemos gran importancia al sol. Alegra el ánimo. Vosotros, los nórdicos, sois fríos, flemáticos... y también muy aficionados, en ocasiones como ésta, a relatar historias increíbles de aparecidos y fantasmas.

—Cierto. Nos place recordar que nuestra mísera mente es incapaz de saber si existen o no los espíritus. Y yo, por marino, he visto cosas inexplicables. Vos parecéis insinuar que no creéis en estas narraciones.

—Yo estimo que todo lo que más extraño pueda parecer tiene una explicación normal. Ahora mismo, ¿acaso os contemplo con pavor?

—No veo la razón por la cual, yo, a un hombre, le pueda inspirar pavor.

—Será el ambiente, pero el caso es que vuestro semblante y vuestro aspecto no me son desconocidos. Casi juraría que, o sois un fantasma, o tenéis tan exacto parecido con alguien, que, a no ser mi ánimo lo bastante templado para no creer en misterios inexplicables, no estaría muy a gusto aquí.

—¿Gustáis do los relatos cuando podéis comprobar que son verídicos?

—Mucho.

—¿Y qué, siéndolo, os puedan inspirar temor?

—Más aun..., porque, hasta hoy, yo, Frasco Zarzales, a nada ni a nadie he temido. Menos, pues, a un relato.

—¿Oísteis...—y el inglés adelantó el rostro, tornasolado por los reflejos de las llamas—hablar del capitán Kidd?

—¿Quién no?

—¿Le visteis alguna vez?

—Como os estoy viendo,

—*¡By Jove!* Creo que sois un valiente o un inconsciente.

—Simplemente, asegurad que soy un valiente.

—No sé aún si seremos amigos o... En fin, ya que tantas cosas

parecéis saber, ¿oísteis hablar del espíritu vengador?

—No.

—Y, ya que nos referimos al capitán Kidd, ¿sabéis que circulan rumores muy contradictorios acerca de su fin?

—Unos dicen que murió. Otros, que vive.

—¿Cuál rumor aceptáis?

—Murió.

—Lo habéis dicho con mucha convicción.

—Presencié su muerte en la horca.

—*By Jove*! Hora es, pues, que sepáis quién es el espíritu vengador. No os extrañará mucho... si yo defiendo la memoria del capitán Kidd.—Y la sonrisa del que decía llamarse Julius King tenía matices siniestros. —En muchos aspectos no era Kidd un filibustero vulgar, ni un pirata corriente. Esos son ladrones expertos en abordajes, capaces de trepar por las jarcias con un sable entre los dientes, y desprovistos de todo sentimiento que no sea una sensación y de todo deseo que no sea un apetito. Kidd era algo menos reprobable que esto. No fué un enemigo de los ciudadanos de este continente, puesto que si se acercaba a estos costas no era para saquearlas, sino para esconder en diversos puntos cuantiosos caudales que había reunido en otras partes del mundo.

—Lo cual no impide que Kidd fuera un bribón, indigno de simpatía y admirado tontamente—replicó, sonriente, Zarzales.

El inglés crispó de nuevo los puños, pero se dominó.

—Puntos de vista opuestos, no impiden posterior acuerdo. No sé por qué tengo la sensación de que sabéis mucho más de lo que aparentáis.

—Vos también.

Rió el inglés con fingida jovialidad, casi simpática.

—Es interesante conversar con quien nos entiende a medias palabras. Posiblemente la cercanía de unas arenas movedizas, vuestro aspecto de arrogante aventurero, y vuestra estancia en Londres, al igual que vuestra presencia a la hora escasa de mi llegada, me hacen suponer que la historia del espíritu vengador os aclarará posteriores sucesos. Como os decía, la ocultación de riquezas que hizo Kidd excitó la imaginación de muchas gentes; y no pocas de ellas persiguen la imaginaria ruta de un tesoro enterrado cavando aquí y allá, según los vagos informes que corren

de boca en boca, desollándose las manos en la fatiga inútil de meter y sacar frenéticamente el pico y la pala en la tierra blanda. Más de una vez, algún lugareño de la costa de Nuera Jersey o de Long Island os dirá casi sigilosamente que a poca distancia de donde os habla el capitán Kidd enterró piezas de oro y piedras preciosas. Si le preguntáis cómo es posible que el tesoro permanezca sepultado aún, sin que ningún ambicioso le haya echado mano, se encogerá de hombros, levantará las cejas y abrirá los brazos, en un ademán elocuente. Dirá que no es cosa suya, que a él no le atañe. Él vive feliz dentro de su dorada medianía. ¡Que otros se arriesguen a robar las robadas riquezas del capitán Kidd!

—¿Arriesgarse a qué?..—preguntó Zarzales.

—El lugareño, si le preguntáis eso mismo, os dirá que no es por temor a la justicia que os pueda formar causa por ladrón, ya que jurídicamente no es ladrón quien descubre y se apropia de un botín pirata. Está más allá el peligro.

—¿Más allá?.. ¿Más allá de dónde?

—Si yo fuera un lugareño me pondría reticente, acaso me persignaría, y puede ser que os asegurase que meterse con un caudal enterrado no es tarea de hombres que sólo sean fuertes de cuerpo, sino que es preciso sean férreos de ánimo.

—¿Por qué?

—Si yo fuera el lugareño sentencioso, echaría hacia atrás la cabeza y os diría con gesto de persona que se escandaliza de vuestra ignorancia: “Pero ¿es posible que no conozcáis la historia del espíritu vengador?”.

—Desde luego que no la conozco. ¿El espíritu vengador? ¿Qué es, quién es?.,

—Es el que protege los cofres enterrados por el capitán Kidd. Historia lúgubre que os parecerá lúgubre, por alucinante.

—Dispuesto estoy a no asustarme de nada, capitán…, digo, Mr. King.

—Soy capitán de mar. No os corrijáis, pues. ¿Me permitís una suposición?

—Libre derecho mutuo.

—Ambos somos seres cultos, ¿no?

—Instruye mucho el mar y el viajar…

—No somos vulgares pendencieros.

—No.

—Somos, posiblemente, de la clase de los que pueden ayudarse, compartiendo un secreto.

—Quizá.

—Pero confirmadas estas suposiciones, y para convenceros de que os será conveniente demostrar una mayor sinceridad cuando termine mi narración y posiblemente para evitaros la patética aventura de Hannah Screecher en la pequeña isla de Cape Cod, sabréis por el más fiel relator lo que hizo el espíritu vengador del capitán Kidd.

Y el inquietante personaje que había asustado a Gastón d ´Arsonval, y que en Frasco Zarzales producía la impresión de encontrarse frente a un resucitado, contó la verídica historia de Hannah Screecher.

En la costa de Cape Cod existe una pequeña isla, verde y fragante, conocida actualmente con el nombre de isla de Hannah Screecher. Hace años, cuando el capitán Kidd hacía flamear a través

de todos los mares su bandera negra, la Isla de Hannah Screecher era un pedazo de tierra anónima, un rincón tan retirado e insignificante que nadie se había preocupado por bautizarlo.

Los marinos hablaban de la “isla pequeña” con indiferencia, y apenas si uno que otro recordaba el exquisito sabor de sus cocos o las enormes dimensiones de una araña negra y velluda que habitaba entre los jugosos frutos.

Pero esta isla vulgar pasaría a la Historia, debido a cierta macabra aventura corrida en ella por el capitán Kidd.

Hacia el año 1715, Kidd recorría afanosamente la costa de Cape Cod. En la sentina de su nave pirata se amontonaba un rico botín, recién conquistado, y Kidd buscaba un lugar apropiado para esconderlo.

De mal talante venía el afamado corsario. Muchos de sus hombres habían perecido al abordar una nave holandesa que se resistió encarnizadamente. Seis de ellos, al intoxicarse con una horma de queso corrompido que hallaron en la embarcación vencida, y no pocos, víctimas de la peste bubónica, la espantosa enfermedad transmitida por las ratas.

No bastaban a desarrugar el ceño tormentoso de Kidd las sonrisas de una muchacha que había capturado en la costa, y a la

que, según murmuraban con mal humor sus tripulantes pensaba convertir en su esposa.

Aquella joven, sobre la que se cernía un destino inexorable y dramático, se llamaba Hannah Screecher.

Un día, el 24 de agosto, día de San Bartolomé, en cuya noche, según superstición marinera, el Diablo anda suelto, el capitán Kidd llegó a la Isla Pequeña y bajó con sus hombres a reconocerla.

Seducido por lo intrincado de su bosquecillo, por la escasa importancia que le otorgaban los marinos, y sobre todo, por su soledad, Kidd resolvió sepultar allí los tesoros que traía almacenados en su goleta: piezas de oro y plata, piedras preciosas, numerosos candelabros de oro, una custodia de esmeraldas, seis sables con pomo de amatistas, y un fardo de seda china.

Bella era la seda, y la noche anterior había dicho Hannah Screecher:

—Me gusta. Podría cortarme con ella los vestidos más hermosos de mi vida. ¿Serías tú capaz de regalarme la seda, Kidd?

El pirata respondió, enigmáticamente:

—Quizá.

Hannah sonrió llena de júbilo, sin comprender que con esa palabra, dicha en tono misterioso y sombrío, acababan de anunciarle su irremisible muerte.

Porque los piratas, como gentes bárbaras y supersticiosas que eran, tenían una costumbre: sepultar con sus ricos tesoros a un hombre de la tripulación para que el espíritu de éste protegiera el lugar e impidiese aproximarse a los buscadores de riquezas escondidas.

La tripulación de la goleta desembarcó el botín durante la noche de San Bartolomé, y lo sepultó en una profunda fosa.

Luego llegó el momento temido: la elección del hombre que sería sacrificado dentro de aquella sepultura siniestra.

Entonces dijo el capitán Kidd:

—Entre el abordaje, el queso y la peste, tengo mi tripulación diezmada. Muchos eran mis hombres, pocos van quedando, y mucho queda por hacer… Positivamente, cometería una insensatez al sacrificar a uno de vosotros.

Y entonces, volviéndose hacia Hannah Screecher, le dijo, con fría decisión:

—¡Hannah, bajarás tú!

El rostro de la desdichada se cubrió de densa palidez mortal, y sólo pudo balbucir, con la garganta atenazada por el espanto:

—¡Bromeas, Kidd!

—Comprenderás que, después de cuanto desastre he sufrido, no estoy con ánimo de chanzas. Necesito todos y cada uno de mis hombres..., y, en cambio, puedo prescindir de ti.

Y luego, con voz autoritaria, ordenó:

—¡Sujetadla!

Inútilmente Hannah se debatía sujeta por dos despiadados piratas. En vano suplicaba y gemía desesperadamente...

—¡Tú no puedes hacerme esto, Kidd!

—¿Hacerte qué?—repuso, con indiferencia, el pirata—. Anoche me pediste las telas de seda. Pues ahí las tienes. Baja con ellas y cuídamelas bien.

Por un instante las carcajadas con que los piratas festejaban la impía broma de su jefe cubrieron las quejas y los sollozos de Hannah.

Luego, bajo la noche alta, los pájaros que dormitaban entre los obscuros follajes se estremecieron de terror, porque un alarido acababa de despertarlos.

El alarido de Hannah Screecher, arrojada al fondo de la huesa, sobre las monedas y los candelabros del botín.

La cabeza de la infeliz golpeó en una esquina del pesado cofre donde habían guardado las piedras preciosas, y Hannah quedó desvanecida sobre el fardo de finas telas, que tanto deseara poseer.

Luego, los filibusteros rellenaron la fosa, volvieron a la goleta y se hicieron a la mar.

Horas más tarde, a muchas brazas de la costa ya, la goleta del capitán Kidd fué sorprendida por una tormenta. Rugía el viento, fuertes relámpagos rasgaban el cielo, negro como la tinta, y grandes masas de agua castigaban los costados de la nave pirata.

Fué preciso arriar las velas a escape, para ofrecer menos superficie de resistencia al vendaval. Rápidamente desaparecieron las gavias, los juanetes y los foques, y sobre la descarnada estampa de la embarcación sólo se agitaba, como un inmenso pájaro de rapiña, la bandera de Kidd, tan negra como la noche misma.

Phineas Adamson, uno de los filibusteros que sujetaron a

Hannah Screecher para arrojarla a la fosa del tesoro, era hombre de cabeza sólida, y únicamente perdía los sentidos cuando tenía entre pecho y espalda varias pintas de ron.

Pero en aquella noche tempestuosa Phineas Adamson no había tenido aún tiempo de beber. Sin embargo, sosteniéndose como pudo, tambaleándose por los bandazos, se acercó a Buster Scuttle.

Scuttle le había ayudado a sostener a la infeliz muchacha sacrificada por Kidd y era su compinche más íntimo.

Éste se hallaba amarrando a duras penas un obenque de popa, cuando vió aparecer frente a él la figura sombría, vacilante y empapada de Adamson.

A la luz de los relámpagos, dentro de las barbas negras y revueltas, el grosero rostro del pirata lucía convulso y pálido de horror.

—¡Buster!...—gimió Phineas Adamson—. ¡La oigo! ¡Te digo que la oigo!

El estrépito de la borrasca deformaba las palabras, y Buster Scuttle no entendió al principio lo que su camarada quería decirle.

—¿Cómo? —vociferó para vencer la furiosa canción del viento— ¿Qué dices?

—¡Que la oigo!... —gritó Phineas—.¡Que la estoy oyendo!

—¿Que estás oyendo a quién?..

—¡A ella! ¡Es Hannah Screecher! ¡Te digo que se está quejando!

Buster Scuttle tembló visiblemente pero quiso vencer su espanto y rió con grandes y falsas carcajadas.

—¡Estás borracho, Phineas!—gritó.—Hannah ha muerto en la Isla Pequeña y está a nueve pies de profundidad. Vete a dormir la "cogorza" y déjame en paz.

—¡Por compasión, Buster! ¡No te burles de mí! No he bebido ni un sorbo de flojo aguardiente. ¡Te digo que es ella, que es Hannah Screecher y que llama a Kidd! ¡La oigo!

—Lo que oyes es el crujido de los mástiles, las cuerdas que estallan, las barricas de la bodega, el viento. ¡Esto es lo que oyes, imbécil! ¡Vete a dormir!...

Y entonces, sobre aquella sinfonía bárbara de la tormenta, oyóse un alarido de locura y una voz de mujer que repetía:

—¡Kidd, Kidd!

Se doblaron las rodillas de ambos piratas, y los dos cayeron

sobre la cubierta, manoteando las cuerdas, enloquecidos por el espanto.

Ya no era posible dudarlo. Oían el profundo y desgarrado grito de muerte de Hannah Screecher:

—¡Kidd, Kidd!…

La última queja de aquella mujer que habían dejado en la costa de Cape Cod, enterrada y muerta ya.

—¡Kidd, Kidd!…

Scuttle quiso cubrirse los oídos con ambas manos para no oír aquel lamento increíble. Abandonó el cabo al que estaba asido, e intentó incorporarse para escapar.

No pudo hacer pie entre las tinieblas cada vez más densas, sobre la cubierta que saltaba y huía debajo de él: retrocedió como un ebrio, chocó contra la borda y, dando un grito de muerte, cayó de espaldas al enfurecido mar.

A la mañana siguiente, un Phineas Adamson ensangrentado por el embate del temporal, desolladas las manos que se aferraban a una cuerda desesperadamente, llenos de locura los ojos, envejecido y quebrado en su ánimo para siempre, refería la extraña y dramática historia ante el capitán Kidd.

Éste burlóse de su tripulante con estruendosas carcajadas, y las gentes de la goleta acompañaron, por compromiso, el buen humor del jefe. Pero todos se encontraban positivamente espantados, y no descreían de Phineas Adamson.

Supersticiosos como eran, la siniestra aventura que costara la vida de Buster Scuttle y la razón del viejo bebedor de ron, penetraba en sus corazones heladamente y los llenaba de un terror sordo y macabro, un miedo sobre el que los años construirían las consejas que recitan las gentes que habitan en Cape Cod.

La infortunada Hannah Screecher vaga durante las noches en la Isla Pequeña y se queja sobre los acantilados, entre el follaje, a lo largo de la playa castigada por el pesado vaivén de las olas.

Su voz eriza los cabellos, mientras repite:

—¡Kidd, Kidd!…

Muchos han recorrido la isla de Hannah Screecher y han cavado aquí y allá sin encontrar el viejo botín de los candelabros de oro, la custodia de esmeraldas y el fardo de seda.

Hannah protege el tesoro enterrado del capitán Kidd. Nadie

podrá llegar hasta él.

Y el inglés, viva imagen del capitán Kidd, como colofón a su relato, recitó la canción ruidosa de los marineros borrachos:

“No cruzaréis de noche aquella isla
donde Hannah Screecher sepultada está.
Os aguarda escondida entre las ramas
o de la vieja piedra en la oquedad.
Capitán Kidd la ha sepultado viva
junto a la fina seda y el metal.
Por eso, si os topáis con Hannah [Screecher, un lamento patético os dirá.
“¡Kidd!”, nada más que “¡Kidd!”
dice en su queja,
porque su alma transida no halla paz.
Era bella Hannah Screecher, era bella,
y es su sombra una pálida beldad.
Los dos hombres creyeron escucharla:
uno ha muerto y el otro es loco ya.
No cruzaréis de noche aquella isla,
donde Hannah Screecher sepultada está.”

Frasco Zarzales, fijos sus verdes ojos gatunos en el semblante torvo del inglés, prolongó voluntariamente la solemne pausa de silencio.

Por fin, preguntó, indiferente:

—¿Qué demuestra cuanto acabáis de contar?,

—Que todos, los tesoros del capitán Kidd están protegidos por un espíritu vengador. Pesa la maldición sobre el que intente removerlos.

—Dijisteis que había que hablar con sinceridad. ¿Empezáis?

—Os cedo gustoso la preferencia... Sois español.

—El embuste es universal, al igual que la sinceridad.

—Sé adivinar basándome en realidades. Estáis cerca de las arenas movedizas, os habéis presentado en este mesón desolado y vuestras trazas son de aventurero arriesgado. Conocisteis al capitán Kidd y sabéis de él quizá más que su propio historiador.

—Sois el retrato del capitán Kidd, pelo por pelo, gesto por gesto.

—Quizá sea yo el capitán Kidd...—anunció el inglés, con risita estremecedora.

—Le vi colgar.

—Entonces, ¿acaso su espíritu?

—No soy una vieja chocha.

—¿Veis, pues, motivo plausible para que os parezca un resucitado, ya que no creéis en fantasmas?

—Muy sencillo.

—¿Sí? Me gustaría oírlo.

—El capitán Kidd tenía tres hijos. Uno murió prosaicamente de pulmonía. El otro, en un temporal. Era pescador. Y el tercero... vos mismo sabréis dónde está.

—Sentado ante vos. Soy Jonah Kidd.

—Lo supuse.

—Corresponded a mi franqueza.

—Estoy dispuesto.

—¿Tenéis noción de si por esta comarca mi padre enterró alguno de sus tesoros?

—Un marinero moribundo vendió un plano de las arenas movedizas. El lugar del tesoro no lo sabía, pero sí el del subterráneo.

—¿Poseéis el plano?

—No.

—Pero ¿lo recordáis?

—Línea a línea.

—Podemos, pues, como anticipé, pactar. A medias. Vos conocéis el camino, yo el sitio exacto de los cofres enterrados.

—No me interesan los tesoros.

—Cuidado, joven... Tarde es para fingir desprendimiento. El oro es la única verdad.

—Prefiero la sonrisa de una enamorada.

—Cuidado, joven...—repitió Jonah Kidd.

—¿Por qué?

—Después de cuanto hemos hablado, sólo os resta, entre dos opciones, una.

—Exponedlas.

—Conmigo... o contra mí.

—Dejadme pensarlo. ¿Brindamos?

—Esto ya es hablar sensatamente— anunció, satisfecho, el hijo del famoso corsario.

Frasco Zarzales cogió la copa de su antagonista con una mano, mientras la otra vertía ron.

Sirvióse a su vez, y ambos bebieron.

Chasqueó la lengua Jonah Kidd. Empezó a divagar sobre la cercana riqueza…, y de pronto, como buey abatido, aplastó el rostro contra la mesa.

Frasco Zarzales dió vuelta a su anillo camafeo, en cuyo interior encerraba siempre un poderoso narcótico, y sacudió por los cabellos al dormido, que no manifestó ninguna rebeldía.

Mas, de pronto, saltó en pie Frasco Zarzales, riendo, pero brillantes los verdes ojos en fulgor combativo.

Y casi parecía alegre al decir:

—Mucho honor, conde Ferblanc.

CAPITULO VII

Noche borrascosa

Fuera rugía el viento desencadenado. Cerró Lezama tras sí la puerta, y devolvió el saludo de Zarzales.

—Todo el honor para mí, Zarzales. Teníamos cita pendiente.

—Quedaba aún el día de mañana.

—Era tal mi ansiedad por verte, que he sido impaciente. Hay dos puntos que debemos aclarar: si tu espada puede a la mía...

—Con placer resolveremos esto ahora mismo.

—Sin tanta prisa. Si he esperado seis días, puedo esperar seis minutos. Además, soy tu visitante, Zarzales.

—Cierto. Me alegra verte. ¿Cuál es el segundo punto?

—Eres el brazo derecho de "Pañuelo Negro". Seguramente si mutilo a tu enmascarado, éste tratará de verme.

—Seguramente.

—Te agradecería mucho que te apartaras de la mesa.

—¿Para...?

—Ver el rostro de este borracho.

—No lo está. Duerme.

—Muy profundamente. Te vi verter polvillo del camafeo en su copa.

—Buenos ojos tienes. Santa Lucía te los conserve.

Y Frasco Zarzales, espada en mano, saltó hacia atrás, aléjándose de la mesa dónde de bruces aplastábase Jonah Kidd.

Carlos Lezama, cautelosamente y sin dejar de observar al sevillano, asió la cabeza de Kidd por los cabellos, y murmuró:

—¡Tate!... No creo en aparecidos, pero... ¡este mozo es el capitán Kidd!

—Su hijo nada más, Lezama.

—Las preguntas nunca son indiscretas, sino las respuestas. ¿Qué hacía contigo el hijo del capitán Kidd?

—Conversar.

—Aquel hombrecillo que debe ser el mesonero, y que acurrucado tras el mostrador parece estar implorando el auxilio del Cielo, podrá intervenir diciendo que jugabais a las prendas.

—Nada sabe. Me teme. Eso es todo.

—Bien, Zarzales. ¿Quieres voluntariamente decirme quién es "Pañuelo Negro"?

—No. Y eso que me eres agradable. Te considero maestro en todas lides.

—¿También con ésta?

Y el Pirata Negro desenvainó, sonriente.

—Eso habrá que demostrarlo...—Y Frasco Zarzales cimbreó la hoja de su espada en el aire. —Recuerda que mucho trabajo te estaba dando allá en el pabellón del virrey.

—Una mujer nos interrumpió. Aquí, no se repetirá.

—Ni lo quiero. ¿Libertad de armas, león?

—Todas. Como yo, llevas puñal, espada y pistola. Tienes buenos, puños y anchas espaldas. Todo sirve, cachorro.

—No pienso matarte.

—Yo soy más generoso. Me bastará con inutilizarte,.

—¡A ello!—proclamó, alegremente, el audaz espadachín sevillano.

Cargó en tromba, aparentemente con ímpetu desordenado. Pero ya conocía el arte de profundo dominio de la espada adversaria.

El Pirata Negro paró con el mismo ímpetu. Veía que su oponente buscaba resquicio para el puñal que esgrimía en la zurda.

Tras el mostrador, Andrés Cañizares, tembloroso y al borde del desvanecimiento, seguía con ojos desorbitados el violento duelo.

Y de pronto tambaleóse, dobláronse sus rodillas, y quedó alelado, sostenido por el borde del mostrador...

Una de las compuertas de la ventana abríase sigilosamente... Entró una bocanada de huracanado aire.

Y, acalorados por el combate, el Pirata Negro y Frasco Zarzales no vieron la fúnebre aparición de una figura vestida enteramente de negro, con flotantes crespones, cuya cabeza estaba envuelta totalmente en negro pañuelo de tupidos encajes.

Otra ráfaga de aire, antes de que el enmascarado Humberto de Ferjus cerrara la ventana, alertó al Pirata Negro.

Y su pausa, empujando hacia atrás al sevillano, detuvo también a éste.

Ambos miraron la negra figura, que con voz opaca saludó:

—Aquí estoy, conde Ferblanc. Tengo entendido que manifiestas un gran deseo de conocerme.

Frasco Zarzales, significativamente, alejóse de su reciente adversario. Besó los dos aceros antes de envainarlos.

—Daga y espada quietas, conde Ferblanc. Tenemos tiempo. "Pañuelo Negro" decidirá si hemos de seguir la lucha aquí o dejarla pura mejor ocasión.

Carlos Lezama alzó sus dos armas blancas.

—Por fin tengo el placer de verte, "Pañuelo Negro". ¿Puedo aspirar al honor de intentar rasgar tu pañuelo de encajes?

—¡Somos dos contra ti, conde Ferblanc. ¿Quién guarda tus espaldas?

—Nadie. Me sobro yo solo.

—Mucha soberbia... ¿Te has detenido a pensar que para mí pudiera constituir el máximo galardón que la gente que te admira me admirara a mí también al saber que, teniéndote preso te dejé en libertad?

—Libre estoy. Y es tal mi deseo de saber quién eres, que puedo asegurarte que vuestras dos espadas juntas poco serán.

Y, saltando de costado, el Pirata Negro adosóse contra la pared, mientras Frasco Zarzales, envainadas las armas, acercábase junto al enmascarado "violinista aristócrata".

—El mejor combate de mi vida— rió el Pirata Negro—. Contra un capitán de fortuna, simpático y valiente, y contra un misterioso bandolero romántico, al cual admiro, pero que me quitaba el sueño. ¿Preparados ya, amigos?

PRÓXIMO EPISODIO:
“ARENAS MOVEDIZAS”

¡La más trepidante literatura! ¡La preferida de la juventud!
¡La que elevará su ánimo a las más altas cumbres de la emoción!

EL PIRATA NEGRO

La más audaz existencia puesta al servicio de la aventura, sobre el escenario prodigioso de los siete mares.

TITULOS PUBLICADOS:



EDITORIAL BRUGUERA - BARCELONA

Notas

[1] *Véase Un violín en la tormenta.* < <

[2] Véase: *El marquesito.* < <

[3] Véase: *Capitanes de fortuna*< <

[4] Véase *El Marquesito* < <